

POPULAR FILM

Filmoteca
de Catalunya
3
ts.

REVISTA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

APARECE LOS JUEVES • DE VENTA EN TODOS
LOS KIOSCOS Y PUESTOS DE PERIÓDICOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PARÍS, 134 • BARCELONA

DIRECTOR: LOPE F. MARTÍNEZ DE RIBERA

1935
479

GINGER ROGERS

artista de la R. K. O. vista
por el lápiz de Carmona.



Gerente: Jaime Olivet Vives

Director técnico y Administrador: S. Torres Benet

Director literario: Lope F. Martínez de Ribera

Redactor-jefe: Enrique Vidal

Delegado en Madrid: Antonio Guzmán Merino
Narvéez, 60Redacción y Administración:
Paris, 134 y Villarroel, 186
Teléfonos 80150 - 80159
BARCELONA

Año X :: Núm. 479

24 de octubre de 1935

Núm. corriente: 30 céntimos

Núm. atrasado: 40 céntimos

CONCESIONARIO EXCLUSIVO PARA LA VENTA EN ESPAÑA Y AMÉRICA: Sociedad General Española de Librería, Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A., Barabá, 16, Barcelona : Ferraz, 21, Madrid : Mártires de Jaca, 20, Irún : Dr. Romagosa, 2, Valencia : Gamazo, 4, Sevilla.

SERVICIO DE SUSCRIPCIONES: Librería Francesa, Rambla del Centro, 8 y 10, Barcelona.

PARA LOS PRODUCTORES

EL CINE ESPAÑOL EN EL EXTRANJERO

He aquí el diálogo, de cuya autenticidad respondo y que, en presencia mía, celebraron hace apenas una semana dos distribuidores, argentino el uno, portugués el otro:

Argentino.—(Además de distribuidor, productor de importancia en su país.) He venido a España para enterarme del movimiento cinematográfico de acá.

Portugués.—(Representante de una productora lusitana.) ¿Y qué impresión ha recibido usted?

Argentino.—Espléndida, ché. La cinematografía española avanza como yo no podía imaginar. He asistido a los últimos estrenos, en el Palacio de la Música, en el Rialto..., y, en técnica, no dejan nada que desear. Buen sonido, buena foto, dirección ágil... Cuánto se puede pedir a una cinematografía naciente. He visitado los estudios madrileños Cea, Ballesteros, Roptence. Allí no tenemos nada mejor.

Portugués.—¿Cuántos estudios hay en Buenos Aires?

Argentino.—Propiamente dichos, dos. Esperanzas o remedo de estudios, varios. Uno de mis propósitos al venir a España, es el de adquirir datos y examinar proyectos y presupuestos para los estudios que voy a fundar en mi país. No quiero estar supeditado a las condiciones de trabajo, fechas, etc., que me imponen los otros, con grave retraso para mi producción.

Portugués.—¿Ha producido usted muchas películas este año?

Argentino.—Tres, que ya han venido a España, y dos más, que se ruedan actualmente. Cinco en total. Y el año próximo, si no fallan mis cálculos, llegaré a diez.

Portugués.—Número respetable.

Argentino.—Sí. Y espero superarlo en años sucesivos. Hasta ahora, y tenga en cuenta la impericia de los primeros pasos, que, naturalmente, repercuten en la calidad de los films, no he perdido plata y he ido ganando experiencia. No puedo quejarme como productor. Ayer mismo se estrenó aquí una película mía con gran éxito. El público obligó a repetir varios cantables como si estuviéramos en el estreno de una zarzuela.

Portugués.—Hombre, pues eso es raro en el cine. Le felicito.

Argentino.—El público español es noble. No tiene reservas mentales para la producción extraña.

Portugués.—Al contrario, es hidalgo hasta dejárselo de sobra; exigente con lo propio y acogedor para lo extranjero. Es ideal esta actitud del público español. Yo también voy a estrenar unas películas... Poca cosa, ¿comprende? Nada de terror «os mares» cinematográficos. Como nosotros empezamos ahora... Sin embargo, espero que serán bien recibidas y que podrá enviar a Lisboa algunos millones de reis.

Argentino.—¡Macanudo no más! Y vamos a lo nuestro: como, además de productor, soy distribuidor, otro de los proyectos que traigo a Europa es el de establecer un intercambio de películas con Casas de acá.

Portugués.—Me parece muy bien. ¿Usted presentaría en Buenos Aires...?

Argentino.—Y en algún otro país de allá. Tengo corresponsales en Méjico, La Habana, Santiago...

Portugués.—Perfectamente. Entonces, si a usted le interesa la producción lusa, podríamos entendernos.

Argentino.—¿Cómo no? Yo me llevo a América las películas de ustedes y ustedes introducen en Portugal la producción argentina.

Portugués.—En principio, no veo inconveniente ninguno. ¿Va usted a permanecer mucho tiempo en España?

Argentino.—Un mes todavía. Vengo a estudiar, como le he dicho, el movimiento cinematográfico español en todos sus aspectos y, a la vez, quiero dejar bien organizada la explotación de mis películas, que empieza con tan buenas promesas.

Portugués.—Yo tampoco regreso a Lisboa hasta que firme unos contratos interesantes, relacionados con la explotación de nuestros films en España. Tenemos, entonces, tiempo de hablar y precisar las condiciones de ese intercambio luso-argentino que usted me propone y yo acojo encantado.

Argentino.—Gracias. Creo que nos entenderemos fácilmente. Las condiciones de nuestra colaboración, en líneas generales, serán las mismas que usted haya convenido para el intercambio luso-español.

Portugués.—¡Oh, no! Tal intercambio no existe.

Argentino.—¿No?

Portugués.—No. El público español acoge las películas extranjeras, pero eso no quiere decir que los extranjeros acojan las películas españolas. Por lo que hace a Portugal, es cuestión cerrada. Allí, ni hablar siquiera de cine español.

Argentino.—¡Qué coincidencia! Lo mismo ocurre en la Argentina. Le confieso a usted que yo, que soy profesional y debo estar más enterado que el público, tenía un concepto erróneo del cine español. Ahora, ante la realidad que se ofrece a mis ojos, he rectificado y, no es que yo sea un romántico, pero le aseguro que, de regreso a mi país, he de hacer cuanto pueda por reivindicar la cinematografía española. Para ello estoy contratando muchas películas.

Portugués.—Le aplaudo la buena intención. También quisiera yo hacer en Portugal algo semejante.

Argentino.—Pues, claro. Nobleza obliga.

Portugués.—Sí. Y es que, además de la nobleza, pudiera haber negocio.

Argentino.—Me maravilla la pasividad española. ¿Cómo dan lugar a estas cosas?

Portugués.—¡Ah!, es que los españoles son muy hidalgos, pero no tienen nada de comerciantes.

Argentino.—No; no tienen nada de comerciantes.

* * * * *

No creo, señores productores, que haya necesidad de comentar el diálogo.

ANTONIO GUZMÁN MERINO

Noticiario



Hace 44 años que T. A. Edison patentó un «aparato destinado a tomar vistas»

El nombre de Tomás Alba Edison es de tanta importancia en las aplicaciones prácticas de diversas ramas de la física, y el «Kinetoscopia», como se denominaba su aparato reproductor de imágenes animadas, juega un papel tan principal en la génesis de la cinematografía, que aun cuando no sea posible el conceder que el gran inventor norteamericano sea el verdadero creador del cinematógrafo, como lo pretenden muchos de sus compatriotas, es indudable que los trabajos del sabio químico-electricista figuran entre los más importantes efectuados en el sentido de realizar la proyección cinematográfica perfecta.

Ya a fines de 1888 Edison había obtenido resultados considera-

bles con un aparato fotográfico «de cruz de Malta, que utilizaba tiras cortas de celuloide grueso». Estas tiras procedían de los laboratorios de Eastman, en Rochester, y estaban perforadas en un lado.

El 24 de agosto de 1891 Edison obtuvo una patente para la protección de un «aparato destinado a tomar vistas», denominado por él «Kinetógrafo», el cual permaneció largo tiempo envuelto en una atmósfera secreta que rodeaba los experimentos en este sentido del sabio inventor desaparecido.

Amenazas contra la actriz Thelma Todd

El portero Harry Schumanski ha sido arrestado por agentes de la policía federal, acusado de haber enviado una serie de cartas a la actriz cinematográfica Thelma Todd, amenazándola de muerte a menos que le pagara veinte mil dólares.

Una productora para Ana Sten

Ana Sten, en plan de gran vedette, ha conseguido que su marido, el Dr. Frenke, forme una compañía productora de films para su uso particular. Parece que las gestiones llevadas a cabo en Londres por el Dr. Frenke han dado buen resultado y en breve podrá empezar la producción la flamante editora.

DESDE hace mucho tiempo es costumbre en mí acudir casi diariamente a los cines que se hallan situados en los barrios obreros de la ciudad. Y me agrada tanto el contacto con el público humilde e ingenuo de los cines arrabaleros, que ya casi es un vicio mi constante visiteo a estos lugares, en los que el pueblo se vuelca para olvidar sus fatigas y sus miserias, contemplando las luminosas imágenes que tanto le divierten.

En estos cines en que se fuma, se grita y se puede estar en mangas de camisa, se oyen las más extrañas opiniones sobre las orientaciones que debe seguir el cine, que no he podido por menos de ir anotando aquellas que ofrecían más interés. He observado también que gustan más los films de emoción que las revistas y las comedias musicales, y que ya no le agradan al público las películas dobladas, prefiriendo las versiones originales. Los films cómicos son siempre del gusto del público y, sobre todo, los dibujos animados, que han captado toda su atención. Este verano pasado, un film ha recorrido en triunfo los cines populares, provocando el entusiasmo y la admiración de todos; ha sido un film de Charlot, «Luces de la ciudad», lo que demuestra que dentro de su desorientación, el pueblo sabe hacer también honor al buen cine. Y hay una gran distancia del público de cine de hoy a aquel público ingenuo y curioso de ayer, cuando los «cow-boys» llenaban las pantallas con sus sombreros anchos y las películas de Eddie Polo y el conde Hugo llevaban a sus pechos temblores de emoción. Hoy, cualquier aficionado, rechazaría aquellas producciones quilométricas, en las que al final siempre vencían «los buenos», y si aún acoge con agrado los films alegres e ingenuos del Oeste, es por su simpático optimismo, sus magníficas vistas panorámicas y su arrollador dinamismo. He hablado con distintos espectadores en estos cines modestos de barrios populares y todos han coincidido en afirmar que, excepción hecha de los «de miedo» («El hombre y el monstruo», «Frankenstein», «King-Kong», etc., etc.) y las películas españolas, lo que más les agrada son los films de «cow-boys».

Pero lo más interesante son las opiniones. En una de las hojas de mi «bloko» tengo anotada la opinión de la dueña de una lechería que fué mi compañera de butaca durante una sesión en la que se exhibieron tres films de temas distintos. Durante el descanso y mientras me fumaba un cigarrillo, sin moverme de mi asiento, le estuve haciendo una «interviu». Según aquella señora el cine sólo ha venido a rebajar aún más el nivel moral de la juventud. Las muchachas, en su afán de imitar a las «estrellas» se tiñen el cabello, se agrandan los ojos y estrechan los vestidos de tal forma, que lejos de taparlas, sirven para enseñar a los hombres las peligrosas curvas y los codiciados relieves donde siempre tropezamos. Y no sólo perjudica moralmente, pues aparte de la frivolidad que recogen de la pantalla, en donde las mujeres se dejan besar desde que conocen al galán, fuman y se emborrachan, la preocupación de conservar la línea hace que no coman y las que no se van «al otro barrio», están tuberculosas. Otro de los males causados por el cine, según la opinión de la lechera, es el producido por los films policíacos y de «gangsters», dándose el caso de que chicos de catorce años han proyectado y realizado robos audaces, en los que han copiado con rigurosa exactitud lo que vieron en el cine. Reconoce, sin embargo, nuestra amable lechera, que el cine también puede reportar beneficios a la humanidad, pero orientándolo por distinto camino que ahora sigue.

Otra opinión interesante es la de la señorita sin novio, que no hace mucho tuvo la suerte de acompañar a uno de estos simpatísimos cines. Para esta señorita, que vive una vida monótona y gris (es cajera de una fábrica de calzados) y que ha llegado a los veinticinco (siendo bonita y distinguida) sin que el amor llamase a su corazóncito, el cine tiene un gran atractivo. En el cine vive con la protagonista de toda historia de amor y de dolor su propia vida, y en el beso final, colofón obligado de toda comedia amorosa, unas lágrimas blandas y felices corren por sus mejillas mientras que sus labios sienten el suave aleteo de un beso. «El cine—me dice—es el espectáculo más maravilloso de nuestra época. Su fuerza persuasiva es tal, que nos olvidamos de nuestra propia existencia para vivir la de los personajes que el luminoso arte nos muestra en la pantalla. Diga usted, cuando escriba algo sobre el cine, que todas las muchachas lo preferimos a todos los espectáculos conocidos y que le estamos agradecidísimas. El cine nos enseña a vestir, a embellecernos por mil sistemas distintos; nos enseña a besar, a querer, a vivir; y, sobre todo, casi convierte en realidad nuestros bellos sueños de princesitas románticas.»

También quiero sacar a relucir aquí la opinión del peluquero que me rasura y «toma el pelo» periódicamente. Vale la pena porque es un admirador del arte séptimo y no hay día que deje de ir al cine. «Todas las películas me gustan—dice nuestro hombre—; claro que las que me agradan más son esas que están hechas en países lejanos. Para mí el cine ha achicado el mundo. Yo, este año, en cuatro o cinco días, he visto el Japón, el Polo Norte, Australia y el Congo; ¡y usted dirá si el cine ha empequeñecido el mundo o no! Y una cosa le digo: si yo fuera ministro de Instrucción pública, lo primero que haría es adquirir películas de todas clases para enseñar a los niños por este procedimiento; especialmente para aprender Geografía, lo mejor es el cine. Mi opinión es que el cine es lo más extraordinario que han hecho los hombres.»

Observo que en el «bloko» tengo una opinión originalísima de una muchachita que por su porte me pareció una modistilla. Hablamos mucho sobre cine y pude notar que sólo estaba allí (en el cine) para ver bailar a una pareja cinematográfica que se ha hecho popularísima. A fuerza de acosarla a preguntas, llegué a saber que no le gustaba mucho el cine, agradándole sobremanera el teatro. Como me pareció extraño, lo aclaré con las siguientes palabras: «Me gusta más el teatro porque allí se ven los personajes en cuerpo y carne y en el cine no.»

Otra opinión extraña es la de la chica de mi portera. Esta muchacha, que es madrileña y con el garbo de una gitana trianera, tiene predilección por el cine porque gracias a él justifica ante su madre los besos que le da al novio, y asegura que el secreto del triunfo del cine sobre el teatro consiste en la oscuridad. Los films que más le gustan (naturalmente) son los de amor y el género preferido, la comedia musical, en que la acción transcurre en el almbarrado mil ochocientos.

También tengo anotada la opinión de un obrero, con el que charlé largamente. Para este hombre el cine sigue el trillado camino de nuestro pobre teatro. Va al cine porque le cuesta poco dinero y pasa mucho tiempo distraído, pero si el teatro costara lo mismo, iría a él. Dice que la lucha entre el cine y el teatro es una cuestión económica. «El cine—dice—puede más porque una compañía teatral, para trasladarse de un lugar a otro, necesita dinero para el viaje y hospedaje; en cambio, para dar una sesión de cine, se meten los rollos de película en un saco, se lo cargan al hombre y... listo. Y una compañía sólo puede actuar en un sitio. En cambio. Una película se puede proyectar en millares de pueblos al mismo tiempo.» Ahora que, según la opinión de este obrero, si el cine recogiera el sentir del pueblo, llevaría a la pantalla obras sociales y films culturales, que, además de deleitar al público, lo educarían.

Muchas y acertadas opiniones sobre el cine y su falsa orientación actual están anotadas en mi pequeño «bloko», pero las dejaremos para otro artículo, porque ya hemos agotado el espacio de que disponemos en el periódico.

CARRASCO DE LA RUBIA

La más deliciosa bebida • La mejor agua de mesa
Sales LITÍNICAS DALMAU

Un folleto sobre el cinema llamado Social

Y vamos a ver si de ésta lo damos fin, aunque me estoy baruntando que todavía queda tela para rato. Lo siento por vosotros y por mí, pero no hallo solución a este grave caso que se me presenta: los aspectos más interesantes del folleto se encuentran, precisamente, a partir del capítulo undécimo, o sea el primero de la serie de hoy, y sería justo dedicar más espacio a lo más importante y no a la inversa. Además, estos temas me atraen. (Nota: Creo que la numeración está equivocada. No puedo comprobarlo.)

XI.—Este capítulo que citaba, habla sobre el cinema soviético, y a su principio pertenece este párrafo:

«No pretendemos negar la capacidad técnica y sorprendente originalidad de los directores y realizadores de la cinematografía rusa; ni el acierto digno de toda loa de algunos de sus films: «El expreso azul», «La línea general», «El camino de la vida», etc. Pero no podemos juzgar por las apariencias. De ser así, sería preciso elevar al decanato del cinema social a Francia por la realización de «Viva la libertad!», de René Clair, o hacer lo mismo con la sede del cinema burgués, Hollywood, que patrocinó la película eminentemente anarquista «Eskimo»».

Esta última frase, juntamente con los párrafos que se suceden, nos ayudan a calificar perfectamente la idea del autor. Pero una pregunta se me impone: «¿Cómo se las arreglarán los no anarquistas para coincidir, siquiera medianamente, con Peirats?»

Francamente, lo encuentro muy difícil. Si hubiese dicho: «No podemos aceptarla *nosotros* en el aspecto ideológico, y, por lo tanto, no podemos, a pesar de algunas apariencias, creer que el cinema soviético sea un cinema anarquista», o algo semejante, no habría ningún inconveniente en coincidir con él, pero no ha dicho eso, sino que ha medido la calidad del cinema por el grado de

propagandista, pero lo estará mucho más por la reproducción del hecho que le ha llamado la atención y, a la postre, éste será el único elemento que juzgaremos, el único que merecerá ser cotizado en la bolsa del arte. (Prescindiendo aquí de la apreciación subjetiva, que cambia un tanto esas condiciones, sólo trato de buscar algunos elementos comunes que nos sirvan de base para el juicio y la discusión en común.)

La obra cinematográfica será comunista, anarquista, fascista, católica, o lo que os dé la gana, conforme a la apreciación del autor y de los espectadores, pero, cuanto más vale, más se aleja, elevándose por encima de esas clasificaciones arbitrarias y sectarias. ¿Por qué clasificaremos al autor por su obra?

leyendo el Quijote, afirma cada cual ver lo que constituye su ideal; si creyéramos a todos sus comentaristas, andaríamos muy cerca de creer que Cervantes es simultáneamente comunista y anarquista, católico, liberal, etc., etc. ¿No le bastará con ser Cervantes?

Eso es bastante terrible: no poder ser uno mismo, y verse obligado a ser lo que quieran, no sólo sus contemporáneos, que sería más explicable, sino también los que nazcan al cabo de tres o cuatro siglos.

Salvando algunos puntos sectarios, tiene, sin embargo, este capítulo partes interesantes. Así:

«El hecho de que la censura se haya ensañado con los rollos de celuloide U. R. S. S. no tiene más significación que el hecho de la mutilación y supresión de otras películas recomendables y no soviéticas. Films completamente anodinos han caído bajo la tijera de Su Majestad el Censor en Europa, ultra el Atlántico y en el propio país del Volga. ¿Cómo no van a sufrir este rigor las películas soviéticas, propagadoras en su mayoría de la panacea roja y demagógicas como ellas mismas?»

Si, como expresión de un hecho, se puede estar completamente conforme con estas palabras, son un poco indignas, sin embargo. Eso lo podría decir un defensor de uno u otro Gobierno que diera origen a la censura, al dirigirse a los comunistas. Pero en boca de un anarquista, ese «no tiene más significación», es un poco fuerte. Porque una película americana es prohibida por excepción, mientras una soviética, es por la misma excepción que es permitida. Además, entre una película que propaga unas ideas o unos hechos (con lo que diré luego de ello) y una dedicada a explotar comercialmente al público, me quedo siempre *a priori* con la primera. Las dos pueden ser rechazables, porque ambas tratan de violentar y estupidizar al espectador, pero la segunda se parará ante menos barreras, es decir, ante ninguna.

Continúa: «Toda propaganda subversiva, soviética en país republicano, republicana en país monárquico o anarquista en país soviético, asusta a todos, absolutamente a todos los gobiernos. Como nos asusta a nosotros toda propaganda, aun bajo el señuelo de lo que más amamos, de no dirigirse, a la par que a los nervios, al corazón, a la mente, a la conciencia de los propagados.»

La segunda parte de esta cita me da derecho a afirmar que, en un país de régimen anarquista, serían igualmente motivo de susto las propagandas no anarquistas, completando así el primer párrafo de Peirats. Eso de «no dirigirse a la par que a los nervios, etc.», sería únicamente el pretexto, pero caería toda aquella obra—de valor o sin él—en que los *dirigentes* del país vieran un peligro... para sus enchufes; para su prestigio, por lo menos.

Más acertado, continúa todavía:

«Acertado por demás que se rompa con la idolatría que fomenta el protagonismo americano; que se dé al traste con la dinastía decadente de los *astros* y de las *estrellas*; pero no hay que saltar del individualismo burgués—narcisismo y safismo—al panegírico de la masa, la supuestación del conjunto amazacotado, específicos de multitudes, que convierte el cinema soviético en una *cuna* marxista. En tal caso, este modo de ser del cinema soviético justifica con creces el modo de ser y hasta la razón de existencia al cinema americano, que pasa por ser su antagonista. En nombre de una tendencia, de una bandería, de una política, de un código—aunque sea rojo—, no se puede criticar la razón de ser análoga de otra política, ni de otro código, aunque sea éste el de Hays. En nombre del Estado, en una palabra, no se puede negar al Estado. En nombre del Sin Estado, sí.»

¿Es cierto esto?

Porque el cinema soviético no niega al Estado, sino a otros Estados, que es muy diferente. Un Estado puede negar perfectamente a otro Estado. Es más, debe negarle y atacarle, porque cada Estado es enemigo presente o futuro de otro Estado. Su supervivencia le exige derrotar a sus enemigos y el Estado tiene enemigos, tanto interiores, que pretenden sustituirle por otro o simplemente destruirle, como exteriores, que quieren aplastarle, dominarle para ensanchar su base de sustentación.

¿Y en nombre del «Sin Estado»?

En nombre de la anarquía podemos negar al Estado toda facultad sobre nosotros mismos (el cuento del chino), pero no podemos negar el derecho que cualquiera tenga a someterse por su propio gusto a una autoridad que le haga migas.

Terminaré de examinar este capítulo, contraponiéndole mis ideas sobre la cuestión, mi *teoría*, en el próximo artículo.

ALBERTO MAR

Casa Sorribas ALIMENTOS DIETÉTICOS Y DE RÉGIMEN, especialmente para DIABÉTICOS - ALBUMINÚRICOS - OBESOS, etc.

LAURIA, 62 (Consejo de Ciento y Aragón).—Manzo, 72 y Corribia, 17

anarquismo de sus autores. Como la medirán otros por el grado de marxismo o de leninismo, otros por el republicanismo y los de más allá por el monarquismo de los realizadores. Si hay muchas medidas arbitrarias, muchas de las cuales no tenemos más remedio que aceptar, esta escala de valores me parece un tanto absurda. Por esa medida, no habría apenas dos obras en cada arte que cada cual pudiera aceptar. Si no fallaban por el aspecto netamente artístico, siempre se podría hallar algún desliz heterodoxo que nos impidiese su completa aceptación.

Conozco a muchos anarquistas que son totalmente incapaces de leer la prosa (tan alabada por otros, por algo son los maestros) de Kropotkin o Bakunin, y no digamos nada de la de Faure, o alguno por el estilo, entre los modernos, incluso ser totalmente incapaces de leerse ocho páginas de las que el austriaco Max Nettlau llena, atiborradas de citas y de sectarismo ultranarquista. Es decir, son pocos los anarquistas capaces de leerse de buena gana un libro, por corto que sea, del historiador del anarquismo. En cuanto a lo que podemos llamar más exactamente páginas literarias anarquistas, se leen mucho, ciertamente, pero su calidad, en general, es bastante deficiente y, si se leen, es precisamente por todo lo sentimental (sí, señores) y acariciador de los ideales borreguiles que todas las masas llevan en su seno. Por cierto que, en el párrafo antecedente, no he confundido palabra alguna y eso merece ser señalado, para los que pudieran creer que me he equivocado en la calificación de los ideales de la masa. Por mucho que quiera Sender, la masa, el pueblo que se suele decir, es tan estúpido como los amos. Lo que valen son los individuos que se sobreponen a la masa, no las reuniones de individuos. Pero ya hablaremos de la literatura anarquista, porque el mismo Peirats nos dará la ocasión.

No pasa eso sólo con la literatura anarquista, sino también con la comunista. En cuanto a la literatura oficial, hay muchos adheridos al Partido que se sienten incapaces de tragarla. Recuerdo de un comunista que trataba de convencer a un amigo suyo, y le daba numerosas razones en apoyo de su tesis. El amigo terminó por decirle: «No podrás convencerme; ya he leído mucho comunista, y no me ha logrado persuadir». Y entonces le contestó el otro: «Oh, no! No leas nada. Es todo muy malo. Si lees *literatura* comunista te alejarás cada vez más».

En cuanto a la novela comunista, más concretamente, la soviética, todas aquellas obras famosas de los primeros tiempos de la revolución, pongamos por ejemplo, como son «Cemento», «La semana», «El torrente de hierro», podrían haber sido escritas por ardientes adversarios de la revolución, siempre que fueran sinceros, o por seres totalmente indiferentes a ella, y no variarían nada, podrían seguir siendo las mismas. En la obra de arte, cada individuo ve lo que le parece, y lo deforma conforme a sus limitaciones, pero sólo la obra auténticamente *artística* gozará de un pleno crédito, y será llevada por los altos.

Cuando el artista escribe, pinta, esculpe, realiza películas, puede ciertamente, no seré yo quien lo niegue, estar influido por la idea

ABISINIA, EL ÚLTIMO IMPERIO EN ÁFRICA

IU NA tirada feliz! En la primavera de 1935, se decidió la Ufa a realizar una expedición a Abisinia, siendo casi objeto de la mofa y burla de muchos sabirondos que, desvalorando el alcance de los acontecimientos políticos en el Ecuador, consideraban al Imperio etíope como falto en absoluto de interés para el film.

Una coincidencia de circunstancias tan extrañas como felices, dió ocasión al enviado especial de la Ufa, doctor Martín Rikli, como único hombre con la cámara de film, para en este memorable viaje tomar vistas en el Imperio del Negus antes de que comenzara el período de lluvias de este año.

No solamente obtuvo un permiso—ya en sí una cosa extraordinaria y especial—para tomar vistas de cosas e instalaciones actuales en Abisinia, el país en el que hoy tiene puestos los ojos el mundo entero, todo ello en su último y más moderno estado, sino

que ese trabajo fué facilitado y fomentado por el interés personal del Negus, dando así a este film un valor especial como moderno documento sobre el Imperio abisinio.

El Emperador autorizó, desde luego, el que fuesen filmados los edificios y la vida y tráfico en la capital y en el barrio del Gobierno, pero su intervención personal facilitó además el que se pusieran delante del objetivo los Ministros y altos dignatarios de la Corte imperial, llegando hasta el extremo de filmar escenas de la vida íntima en palacio, con todos los miembros de la familia imperial, en especial la Emperatriz y sus hijos. Con tal rapidez se desarrollaban algunas veces las cosas, que en cierta ocasión, al presentarse la posibilidad de tomar algunas vistas detalladas de S. M. la Emperatriz, el doctor Rikli tuvo que salir precipitadamente hacia el palacio, llamado expresamente por el Negus, a pesar de tener todavía en casa del sastre sus trajes de kaki. ¡Y así ocurrió que bajo un calor tropical estuvo filmando escenas en el palacio de la Emperatriz ataviado con negro y ceremonioso, pero no menos caluroso frac!

También, por el expreso consentimiento del Emperador, han podido ser filmadas valiosas escenas del culto abisinio, de las solemnes y pomposas fiestas religiosas y del clero de la iglesia abisinia, que hasta ahora ni siquiera habían podido ser fotografiadas. A pesar del retraimiento y si se quiere agresividad del clero exclusivista, se lograron obtener por la intervención del Emperador estos raros y extraños cuadros que en parte habrán de dar a los científicos de la religión muchas bases y conclusiones sobre esta singular forma del cristianismo cóptico que se ha conservado invariable a través de los siglos. No obstante la autorización oficial, esta toma de vistas ha requerido sumo cuidado y sólo ha sido posible a veces con riesgo de la vida del operador.

En su calidad de primero y único repórter de film, el doctor Rikli obtuvo autorización para acompañar al Emperador en el tren imperial en un importante y confidencial viaje de inspección y propaganda a Harrar, y desde este punto continuó el viaje como miembro de la columna imperial de automóviles, a través de las este-

pas, en la región de marchas del ejército, hasta las tribus nómadas en la frontera del país. Durante este viaje se tomaron vistas que representan real y verdaderamente los únicos informes detallados sobre las fuerzas militares de Abisinia, sobre la educación de la juventud, administración del país y sobre la nacionalidad abisinia en estas regiones.

En su automóvil especial, el doctor Rikli, con el fin de aprovechar interesantes momentos en ocasión propicia, o bien se adelantaba o se quedaba detrás de la cabalgata imperial; unas veces bajo los rayos de un sol abrasador, otras en la oscura noche, soportando tormentas y lluvias torrenciales. De este modo logró siempre y con toda oportunidad asegurar su trabajo, aun teniendo que salvar en muchos casos monstruosas dificultades. Por ejemplo, una de éstas, cuando, habiéndose derrumbado el único puente entre Harrar y Djidjiga, el auto bajó en suicida carrera, sin camino ni sendero por la empinada orilla del río, atravesó la corriente, no logrando poder ganar la orilla opuesta sino después de titánicos esfuerzos de cientos de indígenas de aquella región.

El botín más valioso e interesante de este viaje, son quizá las vistas tomadas de las tropas auxiliares irregulares Somalí, con su príncipe jefe, que el Emperador, con astuta táctica, logró ganarse para su causa con este viaje.

Por iniciativa personal del Emperador, en la fiesta final de la visita imperial se presentaron repentinamente, además de los Somalí, las fuerzas montadas de los guerreros Dankali, que también fueron retenidas por la cámara. Estas tribus, que en tiempo de guerra son utilizadas para el servicio de exploración y bagajes, son de una utilidad incalculable, pues, como habitantes del desierto, resisten días enteros sin tomar alimentos y con insignificantes cantidades de agua. Estas tribus guerreras que hasta ahora ni siquiera habían sido fotografiadas, han proporcionado cuadros y tonos de enorme interés con sus juegos hipicos y sus danzas, así como con la llamada «danza del paraguas», ejecutada por las mujeres Dankali que acompañan a sus maridos en la expedición y que constituye una de las curiosidades nacionales de primera categoría.

Debido a circunstancias felicísimas, pudo el enviado de la Ufa recoger un buen número de tonalidades de música original abisinia. Al utilizar estos motivos en el empaste musical del film abisinio, contribuirán a hacer de éste, también bajo tal aspecto, un documento cultural de extraordinario valor.

Este fonofilm, en contraposición con otros films de Abisinia, que en su mayoría sólo presentan mudas escenas del país del Negus, tomadas hace muchos años atrás, nos muestra el estado actual de cosas en ese país, una circunstancia que, si se tiene en cuenta la rápida modernización que en él se opera a impulso personal del Emperador, será de extraordinaria importancia para el moderno público de cinematógrafo. Este público tiene el perfecto derecho de exigir informaciones de verdadera actualidad, verdaderas y plásticas, sobre los grandes problemas mundiales, informaciones que este film le suministrará con toda amplitud.



La Fox-XX th. Century producirá en Londres

En declaraciones periodísticas, mister Joseph Schenck, presidente de la Junta de la XXth Century-Fox, ha expresado que su empresa ha establecido estudios en Gran Bretaña, bajo la dirección de Robert Kane, para producir diez películas por año. Los estudios han sido instalados en espacio cedido por Alejandro Korda en las cercanías de Londres, y se cree que el primer film será «Santa Juana», de George Bernard Shaw, con Elizabeth Bergner en el papel central.

Una gran cantante para el film de Kiepara

Gladys Swarthout, la gran cantante del Metropolitan Opera de Nueva York, ha sido designada por la Paramount para que interprete el principal papel femenino del primer film de Jan Kiepara en América, «La canción del Nilo».

Otro gran papel para Leslie Howard

Leslie Howard ha sido designado como protagonista de la película que Warner Bros. harán, basándose en la novela titulada «The green light», que pudiéramos traducir diciendo «Luz de esperanza».

Preparándose para un film

Gladys Swarthout, cantante del teatro Metropolitano de Nueva York, está tomando lecciones de baile español con LeRoy Prinz, maestro de baile de la Paramount, como preparación para su película «Rose of the Rancho».

Se habla de nuevo en los Estados Unidos de la venta de la Universal Film

Correspondencia recibida en el último correo nos informa que, no obstante las negativas formuladas por los respectivos interesados, se sabe de buena fuente que Charles R. Rogers, presidente de la Rogers Production, ha llegado a un acuerdo con la Universal Pict. para la compra de dicha compañía. El precio ya ha sido convenido y la transacción se verificará tan pronto se llenaran las formalidades legales.

Negociaciones entre Carl Laemmle (hijo) y Ch. R. Rogers han venido efectuándose hace ya algún tiempo y se sabe que este último sobrepasó la oferta de la Warner Bros., que era de nueve millones de dólares.

Un gran film italiano

El gobierno italiano ha acordado subvencionar con 500.000 liras el film «Columbus», que dirige Carmine Gallone. Esta monumental cinta será editada en tres versiones, francesa, inglesa y alemana. Se calcula que el coste total de la cinta se acercará al millón. Artistas Asociados se encargará de la distribución.

Neil Hamilton en un film francés

Neil Hamilton, sobre cuya estancia en París corrían los más diversos rumores, ha sido por fin contratado para el principal papel de «La vie parisienne». En este film intervendrán también Conchita Montenegro y Max Dearly.

PELETERIA FOURRURES

MARCA REGISTRADA

ALMIRON 74-76 PRAI. TELEFONO 77.726

BARCELONA

ALA

TINTURA MARTHAND

DE POSITIVOS Y RÁPIDOS RESULTADOS

Tiñe las CANAS con una sola aplicación, dejando el pelo con el más hermoso negro natural. No contiene sales de plata, cobre ni plomo. CAJA PEQUEÑA, 4 Ptas. - CAJA GRANDE, 6 Ptas.



De venta en Perfumerías y Droguerías.

Sí, señores; Claudette Colbert ha recibido el premio que concede a la mejor interpretación la Academia de Ciencias y Artes Cinematográficas, de Los Angeles, por su trabajo en la película «El lirio dorado», considerado como la mejor labor interpretativa en el pasado año. ¿Qué opinan ustedes? ¿Lo merece o no lo merece esta simpática criatura? ¡Vamos! Está usted bromeando, me dirán. Yo—advertirá alguno—no he visto todavía esa película, pero si es el mejor trabajo de Claudette Colbert, tiene que ser a la fuerza el mejor de todos los vistos, no en el año 1934, sino en todos los años de cinema.

¿Qué opina Claudette Colbert? Eso me pregunté a mí mismo, y terminé por interrogarla a ella, viendo que era la única persona capaz de sacarme de mis dudas:

—¿Qué opinión de la distinción de que he sido objeto? Pues que... está muy bien, y que es muy justa.

—¡Qué poca modestia!

—Puede ser. Pero yo sólo puedo decir lo que pienso. Y creo que es mi mejor interpretación en los once años que llevo trabajando para el cine. Comparando mi labor con la de otras actrices, mis «competidoras»—con una sonrisa suya—, no puedo saber el resultado, porque cuando voy al cine, me parece que todas trabajan muy bien, mejor que yo, mucho mejor; mientras otras veces me parece que no hay en el mundo quien llegue a la altura de mis zapatos; me siento superior al resto de todos los y las mortales; me siento la más excelsa de las actrices, la más sublime de las artistas. ¿Que será muy falso? Muy probablemente, pero vaya compensado por otros excesos de modestia, también falsos a todas luces.

—¿Y decía usted que hace once años que lleva trabajando en el cine?

—Sí; no lo dude. La gente no me conoce apenas, o no me recuerda, en tiempos anteriores a «Jóvenes de New York» y a «El gran charco», pero yo sí que me acuerdo de cuando trabajaba en películas mudas.

—Le confieso que soy uno de esos que no recuerdan sus primeros tiempos.

—¡Vaya! También es usted, por lo visto, un desmemoriado, como el público.

—No es debilidad mental. Es que yo soy relativamente reciente en este país. Yo llegué al poco tiempo de empezar la producción de películas sonoras.

—¿Vino usted a probar su talento interpretativo ante el micrófono?

—No, no. No vine a eso. Vine a... Pero más vale, Claudette, que no cambiemos los papeles, y sea yo el que interroge y usted responda. Usted es la «estrella», yo soy el periodista que debe enterarse de los hechos que usted se sirva comunicarme, para satisfacer la curiosidad de los lectores de los periódicos en que colaboro. Así, que lo mejor que puede hacer, en lugar de entrevistarme, es contarme esos primeros tiempos. Ya sé algo, pero preferiría que me lo completase usted misma.

—Con mucho gusto. Sabrá usted, como sabe todo el mundo, que nací en el Canadá, en una familia de colonos franceses. Mi verdadero apellido no es Colbert, sino Chauchoin. Veo que no me pregunta usted la fecha de mi nacimiento.

—Soy periodista, pero no tanto.

—Pero no tan indiscreto. No quiero ocultárselo: nací el 13 de septiembre de 1907.

—Pues veo que no le ha ido mal en la vida, a pesar de haber nacido en día trece.

—¿En día trece? ¡Y en viernes! No llegué a nacer en martes, pero conseguí el grado anterior de la mala suerte. Pero figúrese usted qué ocurriría si todos los nacidos en trece, en martes y en viernes habían de ser perseguidos por la mala suerte. El que verdaderamente tiene mala suerte es el que se muere en trece, o en martes o en viernes.

—Tiene usted razón. ¿A qué edad empezó a trabajar en el cine?

ALTA VOZ DE
HOLLYWOOD

CLAUDETTE COLBERT

PREMIO DE INTERPRETACIÓN DEL 1934



Claudette Colbert y Fred Mc. Murray en «El lirio dorado», película en la que obtuvo la famosa artista de la Paramount el primer premio de interpretación del año 1934.

—A los diez y nueve años.

—O sea, en 1926, hace nueve años.

—Es usted un prodigio calculatorio. Le confieso que yo tardaría un cuarto de hora en hacer ese cálculo, si no lo supiera ya de antemano.

—Entonces, ¿se le han resistido las matemáticas?

—De toda la vida. Mi afición ha sido el arte y la literatura, e incluso la historia, pero con las matemáticas... Todavía tengo que ayudarme muchas veces de los dedos para resolver problemas insignificantes. Claro que en público no lo hago nunca; es muy feo, de mal tono.

—¿Es todo eso lo que aprendió en los colegios a que asistiera?

—Por lo visto. Al colegio donde estudié le debo sobre todo mi carrera cinematográfica. Parecerá extraño, pero es verdad.

—Cuenta, haga el favor.

—Estudiaba en la New York Art League cuando un día, un bello día, se lo aseguro, se dió un té, en el que representamos las alumnas una pequeña pieza sin ninguna importancia. Asistían a la función miss Ana Morrison y otras personas no menos célebres.

—¿Miss Ana Morrison? ¿La autora de «Pigs»?

—Exactamente. Pues, como le iba diciendo, representamos un pequeño cuadro que recibió los consabidos aplausos, quizá de cortesía. Al salir nosotras después, me felicitaron todos los invitados con mucho calor. Medio en broma, le pregunté a miss Morrison si me daría un papel en su próxima comedia, ya que tanto valía. La primera sorprendida fui yo misma cuando días más tarde me comunicaron que la autora me había reservado un pequeño trabajo. Durante dos años representé éste y algún otro «rol» de tan poca importancia como aquél.

—¿De aquí, pasó al cine?

—Efectivamente. Fué en 1926, como le dije hace un momento, cuando la autora tuvo que llevar uno de sus argumentos a la pantalla, y faltando el intérprete para uno de los personajes, se acordó de mí otra vez, y recomendó me le dieran.

—¿Y triunfó?



Claudette Colbert, primer premio de interpretación de la Academia de Ciencias y Artes Cinematográficas.

—Relativamente, a mi entender. Pero otro debió ser el parecer de los directivos, porque me encomendaron sucesivamente varios papeles de relativa importancia en «The Cat Came Back», «A Kiss in the Taxi» («Un beso en el taxi»), «The Pearl of Great Price», «Ver Nápoles y morir», «Fast Life» y «The Barker»; pero sobre todo debo nombrar mi trabajo en «Dinam», la obra de Eugenio O'Neill. Le he mezclado mis interpretaciones teatrales y cinematográficas, porque a estas horas ya no sabría distinguir cuáles fueron unas y cuáles fueron las otras, aunque parezca mentira. Tenga en cuenta que alterné el trabajo en el cine y en las tablas. No fué hasta el sonoro que me dediqué exclusivamente a las películas.

—Sí, puedo contárselo yo, si le place. Después de hacer un par de películas de prueba para la Paramount, ésta le dió la oportunidad de destacar en las dos versiones de «El gran charco», con Chevalier, y en «Jóvenes de New York», con Foster, con el cual se casaba usted al terminar la producción de la segunda. Continúan sus éxitos con «La confidente», «El teniente seductor», «El presidente fantasma», «Reina el amor», «Una mujer caprichosa», «Fantasmas de ayer», «Una mujer a bordo», «Sinfonías del corazón», «El signo de la cruz», «Cleopatra», «Sucedió una noche», «El lirio dorado» y «Siempre Julita».

—Lleva usted muy bien las cuentas, pero se ha olvidado de una, por lo menos: «Seamos salvajes».

—Ciertamente. Tenga en cuenta que no puedo tener conmigo los apuntes que tengo de todos ustedes.

—¡Ah! Eso es muy interesante. ¿Lleva usted un fichero de todos los actores de aquí?

—Veo que es usted incorregible y se empeña en cambiar los papeles e entrevistarme. La «estrella» que entrevista al periodista, el león que doma al domador, el ladrón que detiene al guardia, todo eso no es propio de nuestro mundo, demasiado equilibrado para cometer esas sandeces.

—Pues ya quisiera yo que alguna vez se cambiaran las tornas y cometiéramos esas sandeces de que usted habla. Figúrese, dedicarme a ir al cine a ver trabajar al público; gritar a los directores...

—Pero, ¿es que le gritan los directores?

—Poco, pero alguna vez ya los pongo de mal humor. Y, como iba diciendo, pagar al cajero su cheque semanal. No, eso no, eso más vale que lo conservemos como está ahora.

—Vaya, vaya, Claudette. Parece que no iban a ser todo rosas en ese mundo al revés. A usted le gustaría que cargasen los demás con todos los trabajos desagradables que usted hace, pero conservar las tareas agradables.

—No es eso. Lo del cheque lo digo porque tendría que vivir de todas formas. Pero, prueba de que no me desprendo sólo de labores pesadas, es que cedía mi labor de actriz. Y a mí me gusta mucho el trabajo, aunque a veces me aburra de repetir muchas veces una escena.

—Pero si ocurriese así, sería usted la que habría tenido que dar la medalla a los miembros de la Academia, porque usted ha trabajado formidablemente en «El lirio dorado».

(Continúa en Informaciones)



Claudette Colbert, bellísima, nos ofrece una instantánea de su rostro perfecto lleno de gracia y de sensualidad.

"ANGELINA O EL HONOR DE UN BRIGADIER"

UNA IMPRESION AMERICANA DE ROSITA DÍAZ



ANGELINA (Rosita Díaz) durante la clase de labores en el convento en donde está recluida les enseña a sus discípulas un retrato de su novio Rodolfo (Julio Peña), con un poema dedicado a ella. Una de las monjas lo descubre y se lo da a la Madre Superiora, quien escandalizada, expulsa a Angelina del convento y le avisa a su mamá para que la vaya a buscar.

La mamá de Angelina, Marcela (la condesa Rina de Liguro), mientras su esposo el brigadier (Enrique de Rosas) está ausente, lleva relaciones amorosas con Germán (José Crespo), el galán favorito de las damas.

El brigadier, de regreso a su hogar después de gloriosos triunfos en el campo de batalla, es recibido cariñosamente por sus amigos don Elías, el doctor (Romualdo Tirado), y don Justo, el banquero (Andrés de Seguro), Rodolfo, Marcela y Angelina.

Al día siguiente, Germán conoce por primera vez a Angelina, y queda encantado con la belleza e ingenuidad de la chica. Rodolfo se muestra muy celoso, pero Angelina le asegura que no tiene razón para ello, pues lo quiere con toda el alma. Germán, mientras tanto, le confiesa a su amigo Fede-

promete que la devolverá a su casa tan pronto amanezca.

Al amanecer, Germán y Angelina se disponen a abandonar la posada, cuando llegan el brigadier, don Elías, don Justo, Rodolfo y Federico. El brigadier desafía a Germán a un duelo para limpiar su honor, aunque el galán le asegura que su hija está igual como cuando abandonó su hogar la noche anterior. El brigadier se niega a creerlo y se marchan todos al lugar del duelo.

Marcela llega a la escena del duelo en los momentos en que Germán cae herido gravemente, y no puede disimular su desesperación. El brigadier, al ver que su esposa, además de su hija, está enamorada de Germán, jura no volver a pisar más su hogar, adonde es llevado el herido, hasta que éste muera.

El brigadier levanta una tienda de campaña en el jardín y allí vive esperando la muerte de Germán. Pocos días después el doctor lleva a el brigadier al cuarto donde Germán, moribundo, le pide que lo perdone. Al principio, el ofendido esposo niega su perdón. Pero luego se le presenta el espíritu de su padre diciéndole que él también fué traicionado del mismo modo, pero que supo perdonar y ser feliz con su mamá, quien también aparece, asegurándole

que Marcela le será tan fiel de ahora en adelante como ella lo fué para su esposo después de haber sido perdonada. El brigadier perdona a Germán, quien muere un segundo después. La furia del brigadier, sin embargo, llega a su colmo cuando el espíritu de Germán, tan don Juanesco como lo fué en vida, marcha en pos del espíritu de la madre del brigadier, a quien parece agradable la idea.

Angelina se reconcilia con Rodolfo y la paz vuelve a reinar en el hogar del brigadier.

* * * *

Rosita Díaz nació en Madrid un 14 de septiembre. Se educó en el convento del Sagrado Corazón, en donde se especializó en francés y literatura.

Nunca había pensado en ser actriz hasta que un amigo de la familia advirtiéndole en ella marcado talento histriónico le aconsejó que siguiera la carrera teatral. Asistió al Conservatorio del Teatro Real de Madrid, en donde estudió drama durante seis meses y quedó tan fascinada, que decidió dedicarse en cuerpo y alma al teatro. Un día fué a ver a Catalina Bárcena en la compañía de Martínez Sierra, y después de la representación pasó a saludarla. Le confió sus ambiciones teatrales, y pocos días después hacía su debut histriónico en un papel secundario de «El admirable Crichton». Después de

representar una gran variedad de papeles durante seis meses, Martínez Sierra le ofreció un contrato para ser la dama joven de la compañía, haciendo su primera presentación como tal en «Susana tiene un secreto». Durante dos años y medio apareció en cerca de treinta y cinco obras. Algunas de las más populares fueron «Amanecer», «Ave del paraíso» y otras, pero la compañía partió en una tournée por la América Latina y la familia de Rosita no la dejó acompañarles.

La compañía de Díaz Artigas la contrató inmediatamente y se apuntó marcados éxitos personales en «El monje blanco» y «Vidas cruzadas». Al año siguiente logró que su familia le diera el consentimiento para ir con la compañía Díaz Artigas a la América Latina, y apareció en México, Cuba, Argentina, Montevideo, Brasil, Chile, Perú y Uruguay.

Regresó a Madrid el 7 de enero, y dos días después se encontraba camino de París bajo contrato con Paramount para representar un papel importante en «Su noche de bodas». Para esa compañía hizo en español «Lo mejor es reír» y «Un caballero de frac». También apareció en una película corta con Maurice Chevalier.

Cuando la Paramount suspendió la producción de películas hispanas, Rosita regresó a España, en donde fué contratada por la Orpheu Films en Madrid. Allí hizo «El hombre que se reía del amor», y su labor en esa obra le ganó el estrellato.

(Continúa en Informaciones)



Estas cinco instantáneas, pertenecen al film Fox, hablado en español, "Angelina o el honor de un brigadier", basado en la comedia del mismo título, de Jardiel Poncela. Rosita Díaz encarnó la figura central del film, habiendo realizado una creación que la acredita definitivamente como artista de la pantalla. Con ella colaboran José Crespo, Julio Peña, Juan Toren, y Seguro.



rico (Juan Toren), que está loco por la hija de Marcela y que está decidido a conquistarla. Más tarde hace una cita con Marcela para verse esa noche en la alcoba de Angelina mientras la familia está de tertulia en la sala.

A la hora convenida, el brigadier, inconscientemente, echa a perder la cita de Marcela cuando envía a Angelina a buscarle un almohadón que ésta tiene en su alcoba. Al encontrar a Germán en su habitación, Germán se asusta, pero el susto pronto se le quita cuando Angelina se pone a hacerle el amor apasionadamente, y a pesar de que le asegura que está muy enamorada de Rodolfo, la halaga la idea de que Germán la quiera.

Más tarde, esa misma noche, Germán escucha a Rodolfo rogándole a Angelina que se fugue con él la noche del gran baile, que presentará a la joven en sociedad. Germán le asegura a Federico que Angelina no se fugará con Rodolfo, sino con él.

La noche de la fiesta, Germán, efectivamente, se sale con la suya. Angelina, fascinada por las palabras de Germán, se fuga con él, dejando plantado a Rodolfo.

Al llegar a la posada en donde han de pasar la noche, Angelina, arrepentida del paso que ha dado, rompe a llorar desconsoladamente y no deja que Germán se le acerque. Germán, hastiado de las tonterías de la niña mimada de Angelina, le



LUPE VÉLEZ es, sin ninguna duda, una figura pintoresca. Tal la primera impresión, inmediata y firme, que nos causó al verla, tal la impresión que continúa y se reafirma cuanto más se la observa y más se la escucha. Hagamos su abstracción en este momento de su visión en la pantalla, que sobre eso ya se ha escrito y todos la han visto. Tomémosla tal cual es, personalmente, de carne y hueso, en la impresión directa. Y ésta sigue

La más amorosa pelea conyugal

Hecha la apología de la cárcel, Lupe Vélez pasa a la del matrimonio. Y dice:

—Cuando yo me casé, como

Una
entrevista con

LUPE VÉLEZ



Lupe Vélez, castiza y morena, es una hembra de «frapío», capaz de ponerle cascabeles al lucero del alba.

siendo siempre la que dejamos consignada. La entrevistamos en su hotel. Pasamos a su amplio departamento. Lupe Vélez se levanta, se refriega los ojos y se despereza. Vemos recortada su silueta, ondulante y fina, de una estatura mediana, bajo un pijama de seda oscura. El color parecería más bien para un vestido, pero ella ha resuelto que sea pijama. Todo lo resuelve así, porque a ella le parece, como todo lo que hace, como todo lo que habla, como todos los juicios que lanza. Es morena, de un color mate, que hace el cutis lustroso; tiene un pelo renegrido, abundante y más bien largo, que le cae sobre la frente en dos arcos sedosos; también los ojos son muy negros, ligeramente tirados hacia arriba por la línea divergente de las cejas; tiene mucho de tropical; es un físico cálido, con color, con sello, que hacen aún más pintoresco la rapidez de los movimientos y el expresivo sabor de la palabra. Es una planta tropical colocada en el «hall» de un gran hotel.

Tiene un gusto particular en sus visitas

La conversación se anuda por cualquier parte, lo mismo que se desanuda, y después, cuando ella se acuerda, si es que se acuerda de lo que estaba hablando, vuelve a reanudarse. Viene de Montevideo.

—¿Le gustó la ciudad?—le preguntamos.

—Sí; fui a visitar la cárcel, la Penitenciaría. ¡Ay! ¡Qué cárcel más linda! Les aseguro a ustedes que no hay en los Estados Unidos ninguna prisión que se le compare.

Y ante nuestra sorpresa de que haya elegido un paseo tan poco alegre, responde:

—Es mi manía. Cuando voy a un sitio, siempre visito las cárceles, los hospitales y los asilos.

—¿Y los institutos de sordomudos, no?

—No; eso no me interesa. Pero las cárceles, sí. Siempre. Es una costumbre que me ha quedado desde que llevé a la pantalla mi papel en «Resurrección». Para estudiar el ambiente visité muchas cárceles en los Estados Unidos. Por cierto que allí no se está tan bien como en la de Montevideo. Todos los penados andan sueltos y no pasa nada; todos tienen una disciplina que responden como soldados a la primera orden. Y luego, ¡qué limpieza, qué aire, qué vista! Cuando yo tenga que cometer un crimen estoy resuelta a ir a cometerlo en Montevideo.

Los ojos, la nariz y los labios de Lupe Vélez, son de clásica belleza latina. Su temperamento es alegre y explosivo. Con decir que ha necesitado para marido a un domador de fieras, el famoso Tarzán, está dicho todo.



hombre juvenil y atlético, de fisonomía simpáticamente despejada. Ella continúa:

—Mide uno noventa y cinco, y tiene una fuerza extraordinaria. Una vez, porque en nuestra presencia alguien se atrevió a hablar mal de los latino-americanos, él le rompió la nariz y la boca. Yo también hice lo mismo otra vez.

Y, naturalmente, más vale creerlo que discutirlo. En vista de lo cual, ella sigue hablando de su marido:

—¡Ah! Es encantador—dice—. Un poco peleador, pero nada más. Todos los días se levanta pensando por qué motivo va a pelear. Pero yo no le hago caso, y ya estamos en la mejor armonía.



Johnny Weismuller, el marido de Lupe Vélez, un «castigador» digno de esta «marchosa», digna de ser proclamada reina en una noche verbenera.

todos saben, con el actor y nadador Jhonny Weismuller, en Hollywood no nos daban ni una semana para separarnos. Yo he hecho una apuesta a que vamos a durar más que todos los matrimonios de Hollywood. Y así va sucediendo. Porque mi marido es encantador. ¡Miren qué hombre tan buen mozo!

Y nos alarga un retrato, en el que, realmente, es un

Imagínense ustedes hasta dónde nos queremos, que no podemos separarnos. Dentro de dos semanas estará él aquí. Y una vez que yo fui a trabajar a Chicago, lo convencí de que no fuera, pues me parecía una tontería trabajar para estar gastando todo en pasajes y hoteles. El pareció estar de acuerdo y me dejó partir sola. Pero a los tres días me mandaba un telegrama que decía: «Me voy a buscarte porque no tengo con quién pelear».

Las alhajas de Lupe Vélez

De pronto, Lupe Vélez exterioriza su admiración por los rubíes. Y dice a su dama de compañía:

—Alcánceme todos mis rubíes.

Y llegan en cantidad que realmente sorprende un poco. Tiene un collar de rubíes y brillantes, en el que aquéllos predominan por su tonalidad y por su gran tamaño, y entre los que hay de dimensiones excepcionales y del más original tallado. La artista dice:

—Este collar cuesta setenta y cinco mil dólares. En esto está tasado y, por las dudas, asegurado. También tengo otro igual con esmeraldas. No me gustan las alhajas blancas. En todo me gusta el color. Tengo trescientos mil dólares en alhajas.

Su próximo trabajo en el Broadway

Lupe Vélez salta de un tema a otro. Por ejemplo, dice:

—Mi última película en Londres, «La moral de Marcos», ha tenido un gran éxito, pues se representó en el mismo cinematógrafo durante seis semanas seguidas. Todavía no se conoce en los Estados Unidos, precisamente porque se le reserva para la temporada de invierno.

Y a continuación se acuerda de su familia, y expresa:

—Me cambié el nombre; yo me llamo Guadalupe Villalobos y Reyes, para no llevar a las tablas el nombre de mi familia. A mi madre no le habría gustado. Y tampoco a mi padre, que es un hombre muy serio.

—Coronel—insinuamos, por haberlo leído alguna vez.

—No—nos rectifica—. Escritor; pero, claro, en Méjico también a veces hay que ser coronel. Por serlo está en este momento en un hospital, con siete heridas de bala.

—¡Qué barbaridad!

Pero el dinamismo de Lupe Vélez ya está en otro tema, y agrega:

—En el Broadway cantaré, bailaré y hablaré. Sí. ¿Les extraña a ustedes esto último? Pues no digo que daré conferencias, pero contaré entretelones de la vida de Hollywood y hablaré con el público, contestando todas las preguntas que se me dirijan.

Y como también cuenta anécdotas, sin el esfuerzo de sacárselas, nos dice de pronto:

—Cuando llegué a los Estados Unidos llevaba veinticinco dólares. Al cruzar la frontera me encontré con un muchacho de unos ojos azules que me deslumbraron. Al rato, el muchacho de los ojos azules se había ido y me había robado veinticuatro dólares. Menos mal que me había dejado uno.

—Se ve que era considerado.

—Sí; con un dólar por todo capital entré en los Estados Unidos. Y hoy puedo asegurar, sin jactancia, que soy muy rica.

En este momento la secretaria le habla en inglés. La actriz exclama:

—Una llamada telefónica de Nueva York. ¡Qué molestia! Que me digan quién es. ¿Quién será el bruto que se está gastando tanto dinero? ¡Con tal de que no sea mi marido!

Lilian Harvey filma otra vez en Alemania

LO QUE DICE EL DIRECTOR DE PRODUCCIÓN SOBRE LA ARTISTA

En el grupo de producción Pfeiffer de la Ufa se está elaborando el nuevo film Lilian Harvey «Las rosas negras». En el pabellón de los estudios se ha construido un suntuoso castillo y por el amplio recinto se extiende un parque, en el cual se habrá de desarrollar la agri dulce acción de un joven finlandés, héroe de la libertad, perseguido por sus esbirros y tiranos.

Pero antes de llegar a esta etapa, antes de que pudiera comenzar la toma de vistas, cientos de hombres tuvieron que ocuparse de preparar la organización, el manuscrito y mil otras cosas preliminares a la formación de una obra filmica. Así, por ejemplo, hace unos meses el director de producción de este film salió para Londres para tratar con Lilian Harvey, que entonces filmaba en aquella capital, sobre el tema artístico del film. Fueron presentados a la artista diferentes manuscritos con diferentes papeles, y entre todos ellos Lilian Harvey se decidió por un papel serio. Según manifestó al director de producción, no quiere representar más papeles de «soubrette» o de mozuela aderezada y compuesta. Quiere bailar, sí —también cantar y montar a caballo (este es el último deporte que ha aprendido y en el que ha llegado a maestra)—; pero no quiere representar papeles rígidos y falaces, sino encarnar seres en sus horas amargas y felices. En el film «Rosas negras» desempeña el papel de una festejada bailarina, la que, a causa de un movimiento político de libertad—la acción se desarrolla en la época de las luchas por la libertad en Finlandia, allá por el año 1905—se ve complicada en psíquicos conflictos, y dispuesta al sacrificio, apoya y protege al joven héroe.

Los bellos paisajes de Finlandia, el puerto de Helsingfors, vida y costumbres finlandesas, todo eso formará el fondo de la acción en que se desarrolla este film.



Lilian Harvey en «Rosas negras».

Realizador, intérpretes y personal técnico irán a Finlandia para en el lugar mismo hacer la toma de vistas.

«Rosas negras» se rodará en tres versiones: alemana, francesa e inglesa. Son autores del texto alemán C. J. Braun y Walter Supper. Durante cuatro meses enteros han trabajado en él; limándolo, mejorándolo, desechando algunas partes, tachando otras, colocando nuevas ideas; hasta que, por fin, quedó un manuscrito a disposición que llena todas las exigencias del arte y la cultura del film de nuestros días. Las versiones en lengua extranjera serán confeccionadas por especiales «dialogadores», pero su trabajo no será en esta ocasión excesivamente abrumador. La música (de Kurt Schroeder), utiliza en gran cantidad canciones de libertad y populares finlandesas. Y Lilian Harvey, con un gran ballet, cantará y ejecutará esas danzas populares de Finlandia. Según nos dice el director de producción, Lilian Harvey ha perfeccionado en sumo grado su arte coreográfico. El público de cinematógrafo admirará, además, en ella un nuevo arte: equitación y saltos. Lilian Harvey pertenece a esa clase de artistas a quienes les gusta afrontar toda clase de dificultades por grandes que sean. Si, por ejemplo, su papel exige que tenga que bailar en el alambre, lo aprenderá sencillamente, cueste lo que cueste. Y con la misma energía ha estudiado ahora esas difíciles danzas y ha aprendido a montar a caballo y a saltar vallas y zanjás. Desempeñará su papel de festejada y admirada bailarina en las tres versiones: en idioma alemán, inglés y francés, una capacidad filmo-artística hasta ahora no alcanzada por ninguna otra artista de film, y que requiere, además, un esfuerzo psíquico insuperable. Pues mientras que Willy Fritsch, el estudiante finlandés que se ve obligado a huir por la brutal tiranía de los rusos, sólo tiene que representar una vez su papel, Lilian Harvey tiene que realizar un triple trabajo. Todo aquel que esté al tanto del sinnúmero de veces que hay que repetir una escena en los estudios hasta que quede perfecta, podrá hacerse cargo del enorme consumo de esfuerzos, tanto físicos como psíquicos, que Lilian Harvey tendrá que realizar.



Clive Brook, el gran actor de cine norteamericano, protagonista del film inglés «El Consejero del Rey», que distribuyen Selecciones Capitolio.

CLIVE BROOK en «El Consejero del Rey»



Una emocionante escena del gran film inglés, «El Consejero del Rey».

En los estudios ingleses de Ealing hemos sido recibidos en un palacio por la reina en persona. Así es, en efecto, por extraño que parezca, Reina en la película «El consejero del rey» por encarnar el personaje de la infortunada princesa inglesa Carolina Matilde, convertida luego en reina de Dinamarca, y reina por su belleza maravillosa, dulce, serena, indescriptible por la prosa vulgar de un humilde comentarista.

Esa es Madeleine Carroll, cuyo encanto singular nos ha permitido admirar el cinema. Esa es Madeleine Carroll, doblemente reina, que nos sorprendiera ya con su gran creación en «Soy un espía», encarnando a la joven y heroica Marta Cno-kaerti.

Ahora ha rodado con el apuesto Clive Brook—«El consejero del rey»—, cuyo rostro severo y frío contrasta con la gentileza y dulzura de esta película encantadora y de toda esta corte frívola. Una película que tendrá gran resonancia en el mundo entero, por su doble interés histórico e interpretativo. Madeleine Carroll está allí rodeada de sus damas de honor, enfundadas en sus amplísimos vestidos ochocentistas, cubiertas de joyería, sonrientes y amables...

Luego de habernos hecho los honores de su palacio, en el estudio, Madeleine Carroll nos ha hecho los de su «choma», donde nos ha invitado a tomar el té, en compañía de varios de sus amigos, famosas personalidades del mundo del cinema.

En un barrio elegante de la capital de la Rubia Albión, su «hotel» particular se yergue con sus líneas del más puro estilo británico. La dueña nos acoge con su distinguido.

La aristocracia del cinema inglés está allí. Clive Brook, una de las «vedettes» de Hollywood, toma también el té con nosotros. Habla de Inglaterra, su patria, con emoción y respeto. Hollywood no lo ha cambiado en su carácter y su dignidad británica es aún absoluta.

—Tiene el aire de un oficial de marina vestido de paisano—dice alguien a nuestro lado.

Tímidamente nos acercamos al aplaudido actor y le preguntamos:

—¿Seguirá usted rodando en Inglaterra?

—Lo ignoro. No tengo planes. Me gusta lo imprevisto.

—¿Y «El consejero del rey»?

—Terminado ya—nos dice escuetamente. Y luego en tono más amable: —Estoy convencido que es mi mejor película.

(Continúa en Informaciones)



Iban provistos de ametralladoras portátiles bajo la americana, y se hicieron dueños de la situación inmediatamente, pues, contados sus pasos de antemano, no perdieron ni un minuto en ejecutar su plan bien concebido. A los primeros balazos el agente Farrell mordió el polvo, herido de muerte, y Leggett se aprovechó de la confusión de los policías para introducirse en el coche que aguardaba a él y los suyos y desaparecer con ellos.

—No ignora, Jeff, el dolor que te ha causado la muerte de Farrell—le decía días después el jefe Gregory, acodado a la ventana de su despacho—. Pero, no te apures, Jeff, de ahora en adelante contaremos con la nueva ley que necesitábamos del Congreso: podremos ir armados como nuestros enemigos. Aquí tienes la lista de ellos. Leggett es el número uno. Te harás cargo de la división de Chicago. Tú mismo escoge a tus hombres, los que te sean necesarios y dale caza a los bandidos hasta extirparlos. No dejes ni uno vivo y... ¡buena suerte, Jeff!

Sin decir una palabra, los dos hombres se dieron la mano en señal de despedida, y McCord salió del despacho de su jefe para dirigirse al suyo. Una vez allí dió órdenes por el dictáfono a su secretario para que llamara inmediatamente a Brick Davis y a Henderson.

Brick fué el primero en acudir a la llamada.
—Oye, Davis, hace qué sé yo cuánto tiempo que me vas detrás quejándote de que no se te confía un cargo en el que puedas desahogar tus deseos de acción. Pues, bien; ya se te ha presentado esa oportunidad. Vas a venir conmigo a Chicago. A las cuatro procura estar en el aeropuerto. Ve a tu casa y prepara las maletas.
Brick sonrió y abriendo la puerta le mostró a su jefe sus dos maletas. Estaba preparado ya para el viaje.

Feliz como nunca se hallaba aquella mañana el tristemente célebre gangster Leggett. Acababa de bañarse y envuelto en lujosa bata atendió a su peinado y ante el mismo espejo de dorado marco minutos después se colocaba en el ojal la imprescindible gardenia. Se sentía satisfecho, satisfecho de sí mismo y del mundo entero. Una mirada más a su apuesta figura en el espejo, y ya no le faltaba más que ponerse el famoso bombín para salir y acudir a la cita que con cierta dama tenía en las alturas de la ciudad.

Con infinito cuidado Brick se asomó a una de las abiertas ventanas del piso y pudo ver como Leggett se dirigía a la puerta, tras la cual se hallaban apostados McCord y otro agente, los rifles listos y dispuestos a llamar. Pero en vez de llamar acerbillaron la puerta a balazos. Leggett, saliendo pronto de su sorpresa, dió respuesta a la acometida a medida que iba reculando hacia la ventana en donde le aguardaba nuestro amigo, que de un salto cayó sobre él y valiéndose de uno de los trucos del jin-jitsu que le enseñara Farrell lo desarmó y acorraló en la pared. Una vez lo tuvo allí le asestó tres golpes terribles en la quijada.

—¡Hacia tiempo que esperaba esta oportunidad! ¡Bribón! ¡Asesino! ¡Cobarde!
Al tercer golpe Leggett se vino al suelo sin sentido.

Temiendo por la vida de su hermano, Kay corrió al despacho de Jeff después de haber leído en los periódicos de la mañana que éste había retado a los gángsters a que impidieran que él, personalmente, se hiciera cargo de la conducción de Leggett a la prisión y sin escolta alguna. Pero al con su talento ni con su ternura pudo la chica hacerle desistir de su determinación. Ni sus lágrimas pudieron hacerle volver atrás. Abatida, llorando a lágrima viva, salió del despacho. En el pasillo se encontró con Brick que iba a entrar. El muchacho la detuvo y ella, en su necesidad de simpatía, llegó hasta a olvidarse de que el chico le era antipático.

—¿Qué le pasa, señorita Kay?
—¡Ay, usted no sabe...!—balbuceó cayéndole las lágrimas.— ¡Me lo van a matar...! Sin darse cuenta, la muchacha se abandonó en los brazos del joven.

—No creo que le pase nada a su hermano, es un valiente.—le murmuró él, feliz por tener la adorada cabecita en su hombro.

—Mi hermano insiste en llevar solo a ese Leggett a la cárcel, señor Davis. Por favor, procure usted que desista de su temeridad. ¡Lo van a matar! ¡Por favor...!

—No se preocupe usted. Olvídense de eso, nada le ocurrirá.

El pobre muchacho no sabía lo que se decía, tal era su dicha.
La muchacha, al oírle, levantó la cara y le miró, y dándose cuenta de que se hallaba en sus brazos, echó a correr avergonzada.

La paz era absoluta durante el trayecto a la cárcel. Jeff, alerta siempre, se dió cuenta de que no había nada que temer. A su lado en el asiento se hallaba Leggett maniatado, pero, sin duda, animado de la esperanza de que en cualquier momento vendrían los suyos a liberarle. De pronto, la cara del bandido se iluminó; había visto por el espejillo que un automóvil les venía detrás. ¿Serían sus amigos? Pero también McCord había distinguido el coche y ordenó al chófer que acelerara la marcha. Luego se volvió a Leggett y le previno:

—Como los que vienen detrás sean de los tuyos e intenten algo, te advierto que tú serás el primero en caer.

Y sin añadir palabra sacó del bolsillo una gruesa pistola automática. El coche que les seguía iba ganando terreno, pero el edificio de la prisión se hallaba demasiado cerca para que los perseguidores pudieran alcanzarlos antes de llegar allí. Llegaron por fin ante la cárcel sin novedad alguna y Leggett fué inmediatamente internado en ella. Luego Jeff volvió a la entrada y, el arma lista, se dispuso a esperar.

Grand fué su disgusto cuando vió que quien venía tras él era el propio Brick, sentado cómodamente en el asiento trasero, con una ametralladora en sus rodillas, la sonrisa en los labios.

—¿Quién te manda a seguirme?, ¿eh?
—Sólo quise ver cómo llegabas aquí...

Preso ya Leggett, McCord, Brick Davis y otros agentes del Departamento de Justicia concentraban ahora toda su actividad a la persecución de sus lugartenientes Gerard y Collins. Pero todas las pesquisas parecían inútiles, no era posible dar ni con su rastro.

Una tarde se precipitó en el despacho de McCord uno de los agentes, comunicándole que la mujer de Collins había sido detenida y que se hallaba en la antecámara.

—Traigala aquí—ordenó.

Instantes después aparecía en la puerta la bailarina que conocimos en el cabaret de McKay, la muchacha enamorada de Brick. Su aire desvergonzado desapareció al ver al muchacho y bajó la mirada.

—¿Dónde está Collins?—le preguntó McCord.

—Lo ignora, es sólo amigo mío. Entré en su casa para verlo.

—¿Te propones continuar mintiendo?

—¿Qué inteligente es usted!—exclamó maliciosamente la muchacha.

Brick, que se había situado detrás de la joven, le hizo señas a McCord de que saliera de la habitación a hablar con él. Una vez fuera le dijo:

—Yo la podré hacer hablar. La conozco.

Jeff reflexionó un momento y llamó a los agentes que se hallaban dentro de su despacho para que permanecieran fuera mientras Brick hablaba a la muchacha. Brick entró pausadamente y cerró la puerta tras sí. La pobre chica trataba de adoptar una actitud tranquila, pero le era imposible.

—¿Dónde está ese hombre, Jean?—le preguntó él con dulzura.

—Yo no sé, Brick.

En la mirada de la muchacha se hubiera podido leer cierta melancolía al hallarse de lante del hombre a quien quería a pesar de todo y que de simple amigo se había convertido ahora en su enemigo.

—¿Por qué te casaste con Collins? ¿Cuándo fué?

—Algunas semanas después de haber cerrado McKay el cabaret, ¿qué querías que hiciera?

—¿Se lo dijiste a McKay?

—Es la única persona que quisiera yo que, no se enterase. Pero... a estas horas se habrá ya enterado por el propio Collins.

—¿Dices que lo sabrá por el propio Collins?—insistió Brick, inclinándose hacia ella.

La muchacha se dió cuenta inmediatamente de que había ido demasiado lejos y exclamó:

—¡No!

Su mismo miedo le dió a comprender a Brick que la muchacha había dicho la verdad, y repuso:

—Ya lo sabía; Collins está escondido en casa de McKay, allá en Wisconsin... ¿por qué quieres negarlo ahora?

—No es verdad! ¡No es verdad! ¡Oh, Brick, por favor!, no me pregunes más...—añadió histérica.

Brick salió del despacho y enfrentándose con McCord le comunicó la noticia:

—McCord, Collins está escondido en casa de McKay, en Pinecrest. Probablemente Gerard y el resto de la banda se encuentran allí también.

La noticia pasó a los que la oyeron. Jeff McCord quedó un rato pensativo y luego se encoró con Brick:

—Conque McKay se había retirado de los negocios, ¿eh?

—Así me lo dijo.—El pobre muchacho estaba confuso, no sabía qué pensar de la actitud de su protector. ¿Le habría mentido?—Pero...

—Iba a tratar de disculparle a los ojos de su jefe, pero éste no le hizo caso y empezó a dar las órdenes oportunas:

—Drak, escoge a cinco hombres, déles un rifle ametralladora a cada uno. Martin, teléfono inmediatamente a la policía de Pinecrest y entérese del aeropuerto más inmediato o del lugar donde pueda aterrizar. Dígalos que tengan en el lugar tres coches esperándonos y después vaya a alquilar un avión. Saldré dentro de una hora.

Amarrado a una silla, McKay contemplaba a los que fueron sus subordinados en compañía de sus amigos entregarse a una verdadera orgía que a ratos interrumpían para venir junto a él y abusar de su imposibilidad de movimiento. ¡Ellos, que a su mirada habían temblado!

Collins y Gerard no le perdonaban que les hubiese dejado. En su tiempo obraban con mayores seguridades; nunca se habían visto obligados a huir ante la policía. Sin embargo, ahora... Y se vengaban vejándolo ante sus amigos, abofetándolo incluso.

McKay lo soportaba todo sin decir palabra, resignándose a su suerte, pues recordaba lo que a cierto capitán de bandidos le ocurrió cuando quiso desprenderse de las cuerdas con que le habían amarrado. Y no se sorprendió cuando sus antiguos amigos y subordinados irrumpieron en su hogar y le aprisionaron, mientras allá en la ciudad los agentes del orden, los «G Men», los andaban buscando.

Ni McKay ni quienes le habían aprisionado oyeron el leve ruido que con sus pasos hacían McCord y sus compañeros al aproximarse a la casa. El grupo se había aumentado con algunos miembros de la policía del pueblo.

—Tomad vuestras posiciones. Tú, Davis, copa la salida posterior. Dentro de dos minutos dispararé dos tiros; será la señal que espararéis para atacar.

Apenas había acabado de dar esta orden, se oyó el ladrido de dos perros atados con cadenas en el patio de la casa. A la insistencia de los ladridos, los del interior apagaron las luces.

—Nos han localizado!—declaró Jeff con rabia.— ¡Duro con ellos!

Una verdadera lluvia de balas salió de distintos lugares de la casa; los «G Men» respondieron con la granizada de sus fusiles ametralladoras. Las pobres mujeres, horrorizadas, buscaban dónde ocultarse sin conseguirlo. Las balas perforaban todos los rincones.

—No nos toca otro remedio que intentar escapar en los autos—gritó Gerard tratando que su voz se elevara sobre el griterío que promovían las mujeres con sus lamentos.

—¡Vaya frescura la tuya!—le contestó uno de los de la banda.— ¿Y quién será el niño bonito que salga a buscar el coche? ¿Tú?

Gerard titubeó un momento y luego dirigióse a McKay:

—Anda, valiente, tú estás bastante gordo para servirnos de pantalla.

Entre Gerard y Duffee lo desataron y poniéndole frente a ellos le empujaron hacia la puerta posterior de la casa. Al ver el grupo aparecer, Brick abrió el fuego. McKay se desplomó y a pocos pasos de su cuerpo cayó Duffee. Con admirable sangre fría Collins se deslizó por entre las balas y protegido por la semioscuridad llegó hasta uno de los automóviles y tomó el volante. Su compañero cayó al poner el pie en el estribo, más



de una docena de proyectiles fueron por la espalda a alojarse en su cuerpo. Pero Collins no perdió un segundo y pudo poner el coche en movimiento... No llegó muy lejos, a poca distancia el coche fué a meterse de cabeza en un enorme charco. Jeff y los agentes se precipitaron en busca de Collins. No les siguió Brick; un gran interés le hizo aproximarse a la puerta por donde vió aparecer el grupo. Pasó por encima del cadáver de Duffee y se horrorizó a la vista de McKay, el único amigo de su infancia, su protector, su Mac. El agonizante pudo reconocer aquella cara en la que se reflejaba un vivo dolor, la cara del muchacho a quien tanto había querido.

—Hola Brick... ya sé... no ha si... cul... pa tuya... a... adiós Brick...

Cuando hubo mirado por última vez el cadáver del que había sido su mejor amigo, Brick se dirigió a la estación de policía del pueblo, en donde hacía ya rato le esperaban McCord y los suyos. Todos le cumplimentaron por su bravura, pero a ninguno de aquellos elogios era sensible. Con gran asombro de todos se desprendió de la chapa y dejándola sobre la mesa, le dijo a McCord:

—McCord, he terminado. Por correo le mandaré a Chicago mi dimisión.

Y sin una palabra más salió del local y se internó en la obscuridad de la calle. Pero McCord corrió detrás de él llamándole. Brick se detuvo y se enfrentó con él.

—Davis, en cierta ocasión me dijiste que yo sería el último hombre a quien pedirías un favor, ¿te acuerdas?

(Continúa en Informaciones)





La joven y bellísima estrella española Pilar Muñoz, que forma, con el célebre Angelillo, la pareja central de «La hija de Juan Simón», producción Filmófono n.º 2 en pleno rodaje.

UN TRIUNFO DE NUESTRA CINEMATOGRAFÍA

«DON QUINTÍN, EL AMARGAO»

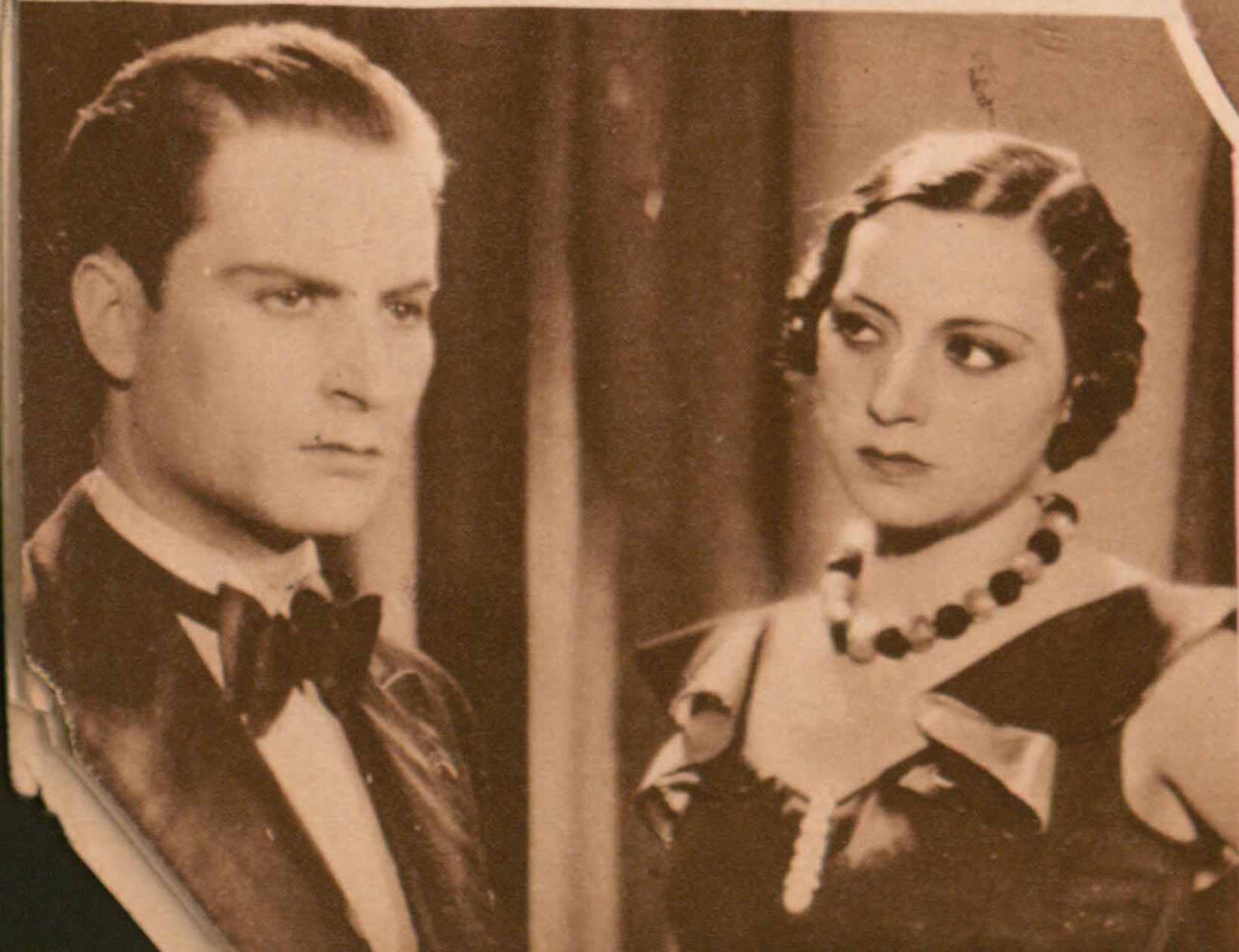
EN EL PALACIO DE LA MÚSICA

COMIENZA EL RODAJE DE «LA HIJA DE JUAN SIMÓN»

El estreno triunfal en Madrid de «Don Quintín, el Amargao», de Filmófono

JAMÁS se ha registrado un estreno de película española, en Madrid, que haya obtenido el triunfo de «Don Quintín, el Amargao», primera producción nacional de Filmófono. Todo cuanto se había esperado ha tenido una superación, constituyendo un acontecimiento sin precedentes en la historia de nuestra cinematografía. Desde el aspecto de la entrada al Palacio de la Música, tomada por el Noticiario Fox Movietone, hasta la ovación clamorosa con que fué acogida la película, todo tuvo un carácter de verdadera «première» de gala, al estilo de las que se verifican en Hollywood...

El Presidente del Consejo de Ministros y cuantos elementos sobresalen en el comercio, la banca, la industria, las letras y la cinematografía, se hallaban presentes en el maravilloso espectáculo. Los más conocidos artistas hablaron por el micrófono instalado en el «hall» del Palacio de la Música. Mujeres elegantísimas, caballeros de rigurosa etiqueta. Un am-



Angelillo y Porfiria Sanchiz en una escena de «La hija de Juan Simón», película netamente española, editada por Filmófono, que se rueda actualmente en Madrid.



Consuelo Nieva, uno de los valores del reparto de «Don Quintín, el Amargao», la triunfal producción española de Filmófono.

biente de dignificación del cinema nacional, nunca conseguido en torno de un film español. Esto puede decirse, como reflejo de la verdad, del triunfal estreno de la primera producción de Filmófono.

“La hija de Juan Simón”

producción nacional Filmófono número 2 en pleno rodaje

Los estudios cinematográficos Roptence, de Madrid, registran estos días una inusitada actividad. La filmación de la película de Sobrevila «La hija de Juan Simón», en plena marcha, ocupa todo el tiempo disponible, con objeto de acelerar la denominada Producción Nacional Filmófono número 2 y poderla ofrecer al público, sin demora alguna, en la fecha propuesta de antemano.

La disciplina rigurosa que fué seguida durante la edición de «Don Quintín, el Amargao», se ha desplegado también en «La hija de Juan Simón». Director, intérpretes y técnicos están pasando por las peores horas, que son las febriles de la labor fecunda.



Pilar Muñoz, en un momento de la producción nacional Filmófono «La hija de Juan Simón», dirigida por Nemesio M. Sobrevila.

Los artistas contratados para interpretar las figuras principales del reparto de «La hija de Juan Simón», segunda de las producciones nacionales Filmófono, son los siguientes:

«Angelillo», la personalidad más poderosa del género andaluz, tan en boga, para el papel de «Pepe Luis», que se presta a que realice su más definitiva creación sobre la pantalla sonora; es cometido de actor y de cantante que hará desplegar todas sus brillantes cualidades artísticas.

Pilarín Muñoz, la bella e inteligente damita de nuestro teatro, desempeñará el «rôle» de «Carmen», junto a «Angelillo», componiendo una pareja, plena de armonía y de interés, que acapará las simpatías del público.

Hará el papel de «Soledad», la genial bailarina gitana, revelación sorprendente y juvenil de un arte extraño, que va en la entraña misma de la raza, Carmen Amaya, con su «troupe» de especialistas en el género.

Porfiria Sanchiz, la notable actriz, y Manuel Arbó, el conocido actor, ambos partes integrantes del reparto en «Don Quintín, el Amargao», desempeñarán los papeles de «La Roja» y de «Juan Simón».

La sola exposición de estos nombres basta para juzgar la calidad de los elementos de esta nueva producción nacional.

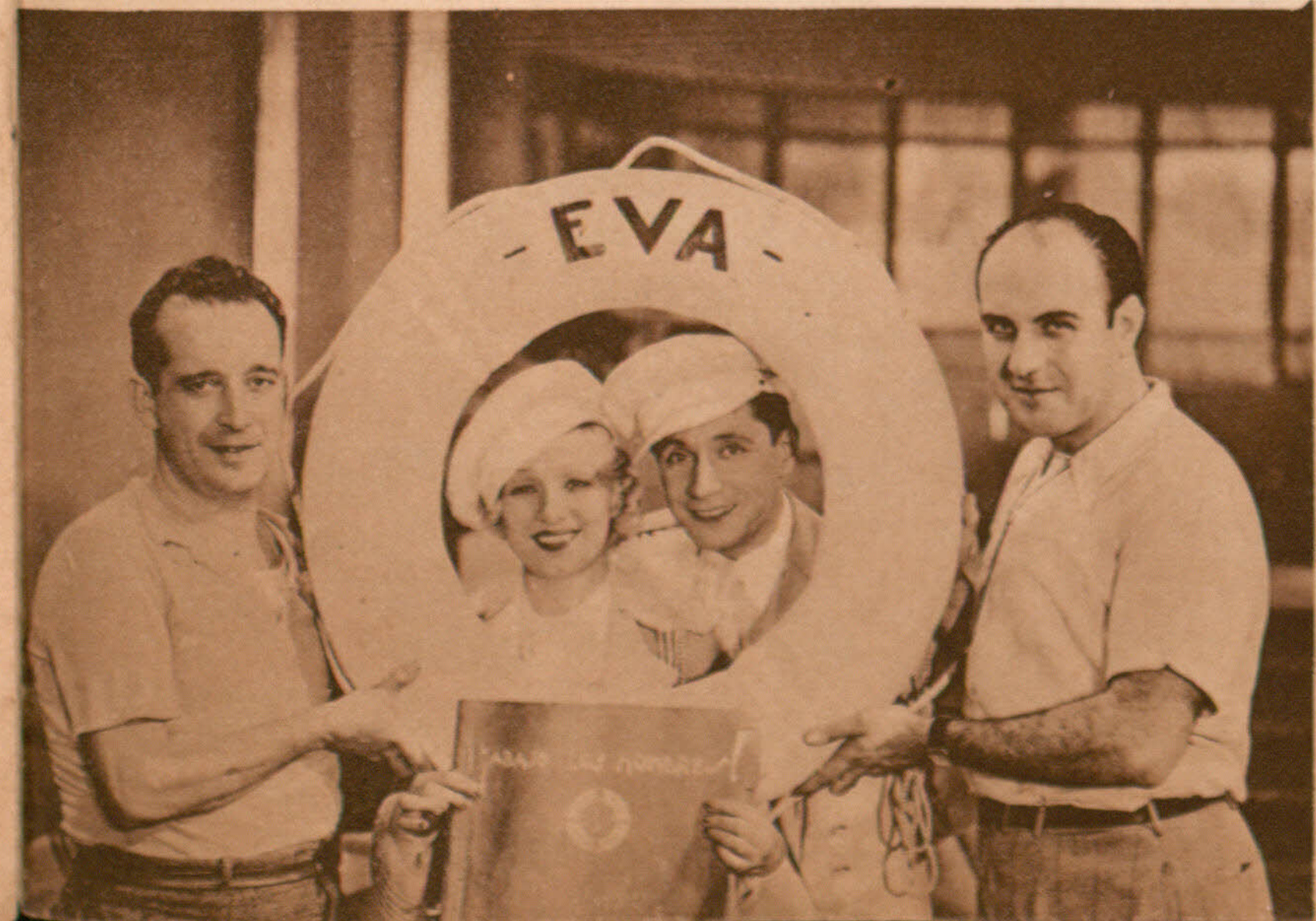


La señorita Carmen Navascuez, ex artista, actriz que se reveló en Jolville le Pont (Francia) actuando para la Paramount, se encuentra de paso por Barcelona para entrevistarse con los futuros productores de "Benamor", conocidísima zarzuela del maestro Luna, cuyo papel de protagonista encarnará Carmen Navascuez, bajo la dirección de Armando Vidal, que ya desde hace días se encuentra en Barcelona ultimando la adaptación a la pantalla de la susodicha opereta.



Cándida Losada y Enrique del Campo, en un apasionado momento del film "Una mujer en peligro".

Valentín R. González, Carmelita Aubert, Pierre Clarel y José M.ª Castellví, en un descanso durante la filmación de "Abajo los hombres".



PRODUCCIÓN NACIONAL

"AMOR EN MANIOBRAS"

PRODUCCIÓN: "LAPEYRA FILMS"

DIRECTOR: MARIANO DELAPEYRA

INTÉRPRETES: CHARITO LEONÍS, CASTEL, RODRIGO, CASTRITO y ROBERTO FONT

La acción en un pueblo situado en Aragón. Destinado al regimiento de caballería, acaba de llegar el Teniente Medina. Al mismo tiempo llega Trini, una antigua amiga suya, que, por equivocación, es tomada por el Capitán Pulido y el sargento Garrido, como la prometida del teniente.

El Capitán, muy amable, le hace visitar las dependencias y la presenta a la oficialidad. Entretanto llega la verdadera prometida de Medina: Charito, y el sargento la toma por una amiga del Teniente, a pesar de las protestas de éste. En estas discusiones llega el Capitán con Trini, y Charito, para vengarse, entra en una dependencia y se viste de recluta.

El sargento, al pasar lista, ha notado la falta de un nuevo quinto: Canuto Pérez, y da cuenta de ello al Capitán. Charito lo oye y se presenta a éste como Canuto Pérez. El Capitán lo arresta y manda que le corten el pelo. Al poco rato llega el verdadero Canuto y el sargento lo rapa y le mete en el calabozo. Con motivo de la confusión entre Charito y Canuto, se originan en el patio escenas graciosísimas, en las que a Canuto le cortan el pelo dos o tres veces.

El regimiento sale de maniobras, y al ir a una aldea, en la posada del pueblo van a dormir el Teniente Medina y en un cuarto contiguo Charito. Cuando ésta se va a echar en la cama, llega la criada con un recluta llamado Antón. Charito se niega a dormir con él, entablándose una discusión y aquélla se mete en un camarachón que hay en el mismo cuarto. Medina, despertado por el ruido, se asoma a una ventana

y ve a su novia que está en el cuarto, se viste y entra sigilosamente, y cogiendo una mano la besa, siendo grande su asombro al ver que a quien ha besado es a Antón. Ordena que éste se vaya al camarachón y entabla conversación con Charito. La discusión se agría por minutos y aquélla da un bofetón a Medina que es visto por Antón, el cual llama al cabo de guardia. Acude éste para detener a Charito, pero ella se escapa por los tejados. Sin embargo, es apresada y encerrada en el calabozo.

El centinela que monta la guardia en el calabozo es Antón, que, atormentado por la idea de que por él van a fusilar a Charito, llama a la criada de la posada para que le proporcione unas ropas. Esta accede y Antón entrega a Charito ropas de mujer para que se escape. En aquel momento llega Medina dispuesto a salvar a su novia, y ve con asombro que ésta sale del calabozo y huye. Medina queda preocupado con el lío que se ha armado, cuando llega el verdadero Canuto con orden de incorporarse al regimiento. Medina ve el cielo abierto y encierra a Canuto en el calabozo.

Mientras tanto, se ha reunido el Consejo de Guerra para juzgar a Charito y ordena el Comandante traigan al prisionero. El sargento, que no está enterado de la huida de Charito, le hace presente que el prisionero es una mujer, y al traer del calabozo al verdadero Canuto Pérez (el papel está interpretado por Castrito), a quien todos tienen por una mujer, se originan escenas y careos de una enorme vis cómica.





FICHERO
DE
**POPULAR
FILM**

|||||

DIRECTOR ARTÍSTICO:
IQUINO

PROMOTOR:
R. RICKARD

Ficha núm. 101:
Mercedes Conesa



Ficha núm. 102:
Vicenta Monterde



Ficha núm. 103:
Gerardo Guarro



Ficha núm. 104:
Carmen Fontanet

Filmoteca
de Catalunya



175-32

"ROMANCE DE ESTUDIANTES" Esta película alemana que distribuye Cifesa, es un bello poema lleno de color y encanto, al que sirve de fondo una música deliciosa y melódica, interpretado por Grete Natsler, Carol Goodner, Panic Knowles y Mackerzic Nad. — Ofrecemos a nuestros lectores una foto de la protagonista Grete Natsler y una escena del film.



171-62



Gloria Swanson, la admirable rival de Constance Bennett.



Elissa Landi, cuyos vestidos se copian y cuyos gustos se siguen en Hollywood.

tas sobre los pretendientes, los trajes que exhibían—exclusivamente creados para ellas—y los papeles que interpretaban para el cine.

En las grandes fiestas, a las que concurren la élite de la ciudad cinematográfica, se espera siempre la llegada de las dos actrices en pugna.

—¿Cómo vestirá Gloria?

—¿Qué toilette lucirá Constance?

No es que se las consideren las dos mujeres que mejor visten en Hollywood, no. Hay algunas más elegantes que ellas, con elegancia más natural y severa. Francis Kay, Joan Crawford, Carole Lombard, Elissa Landi, visten con más distinción que Constance y Gloria. Lo que esperan de ellas, en estas ocasiones, es un detalle extravagante en la toilette, una indumentaria fuera de los modelos más recientes lanzados por los más famosos modistos de Nueva York y París. Se sabe que el sólo propósito de ambas artistas

siquiera con la enigmática Greta Garbo, con la que hubo un gran empeño en compararla.

Las relaciones de Marlene con Joseph von Sternberg, dieron ya mucho que hablar para que la «estrella» alemana pasara desapercibida. Su rompimiento de contrato con la Paramount, por negarse a trabajar con otro director que no fuese Sternberg fué otro motivo de escándalo que repercutió en la Prensa de todo el mundo. Otra causa de exhibicionismo de la Dietrich fué su proposición de compra, a la misma editora, de todo el negativo de «La Venus Rubia». La estrella berlinesa quería adquirir dicha producción para destruirla, alegando que no estaba conforme con que la hubiese dirigido Roulién Mamoulian.

Los vestidos que usa Marlene Dietrich son sencillos y sin adornos. Por lo regular viste de negro y el traje se le ciñe al cuerpo, marcando perfectamente las líneas.

Pero le gusta también llamar la atención, que se fijen en ella y suele salir a la calle vestida con traje masculino. Cabe afirmar que a la eximia actriz le sienta muy bien esta indumentaria, que no le resta feminidad.

Así vestida se ha exhibido por las calles de Hollywood unas veces con Sternberg, que sonreía feliz a su lado, y otras con Gary Cooper y Neil Hamilton, de los que es buena amiga y compañera.

Vestida de hombre y al lado de Gary—tan mocetón—, Marlene parecía un estudiantillo que alternase con un camarada de más edad.

Otras estrellas sienten también el afán exhibicionista y lle-

EXTRAVAGANCIAS DE LAS ESTRELLAS

P O R J U A N D E E S P A Ñ A



Kay Francis, una de las que, en los últimos tiempos, más se han preocupado en Los Angeles de imponer modas y modelos.

Constance Bennett, la admirable rival de Gloria Swanson.

HAY personas que lo sacrifican todo al exhibicionismo. Parece que la única misión que se han impuesto en la vida es la de exhibirse y llamar la atención sobre ellos. Por los medios que sean, pues todos son lícitos si van derechamente, por el camino más corto—que no es siempre el más derecho—al logro de sus deseos.

Trajes llamativos, joyas costosas, aventuras seguidas del escándalo, divorcios, declaraciones sensacionales a los periodistas, extravagancias de todo género. Viven para la sociedad y la opinión más que para ellos mismos.

La manía exhibicionista puede llevar al tonticomio o a la celebridad, según el temperamento y el nivel intelectual del individuo. El fatuo va al tonticomio, el extravagante inteligente a la celebridad. Muchos personajes históricos y literarios se han fraguado así. Desde Colón y Juana de Arco, a Don Quijote y Artagnan; desde la Dubarry a la Dama de las Camelias, se han conducido de esa forma extravagante, cada cual en su plano exhibicionista.

En Hollywood encontraríamos varias personas de esta condición. Pero no cabe duda que las de perfil más acusado, que las más gloriosas son tres grandes «estrellas»: Gloria Swanson, Constance Bennett y Marlene Dietrich. Hubo otras antes, como Pola Negri, llorando sobre el cadáver de Rodolfo Valentino, al que no amaba. Le importaba mucho más que la retratasen en aquella actitud que lo que sentía por el difunto.

La rivalidad entre Gloria Swanson y Constance Bennett, es pública y notoria. Durante algunos años se dedicaron a la inútil, pero entretenida tarea de quitarse pretendientes y maridos. Y cuando esto no, a lanzarse pullas y alusiones moles-

es cual se presenta de un modo más llamativo, que la signifique sobre la otra, que achique a la rival.

No es raro que la Bennett llegue a la fiesta rodeada de un verdadero ejército de criados, o que la Swanson concorra a ella en una carroza del siglo xvi y del brazo del prometido de la otra.

Que Gloria Swanson se casa con un actor célebre, pues Constance Bennett anuncia su próximo enlace con un popular «metteur en scène»; que Constance se casa con un duque, pues Gloria se promete con un príncipe.

La una está pendiente de lo que hace o dice que va a hacer la otra, para emularla y superarla en el terreno de la extravagancia, del absurdo y del exhibicionismo.

Constance Bennett ha llegado a tomar el expreso Los Angeles-Nueva York para ella sola, llevando consigo cinco secretarios, seis doncellas, tres cocineros, diez camareros, cuatro pretendientes y veinticuatro individuos más apegados a su servidumbre.

Gloria Swanson, por su parte, fletó un barco con tripulación y todo para ir a Marsella. La acompañaron una docena de periodistas y dos orquestinas de Nueva York, además de cuarenta criados.

No se han arruinado ya, porque ganan muchísimo dinero y porque sus esposos son millonarios y complacientes. Y cuando se niegan a sus caprichos, se divorcian y les exigen una fuerte indemnización.

El afán exhibicionista y las extravagancias de Marlene Dietrich son de otro orden. No obedecen a rivalidad alguna, ni

van sus extravagancias al máximo, pero los tres casos tipo son los de las actrices que me han dado asunto para esta crónica.

Hollywood, 1935.



Carol Lombard, la mujer más elegante de Hollywood.

PANTALLAS DE BARCELONA

Fantasio: «El consejero del rey»

COLOCADO este film frente a otras producciones inglesas del mismo género, acusa más bien un descenso, en relación a las altas posibilidades por aquellos mostradas. Examinado aisladamente, nos encontramos ante un film soberbio en todo lo externo del mismo (decorados, vestuario, ambiente de la época), pero vacío completamente de sentido emocional. En algún momento parece que va a iniciarse una rectificación en la línea directriz, pero inmediatamente vuelve a caer en esa inexplicable falta de vida y de animación en sus personajes.

Los actores encarnan sus tipos con gran sobriedad. Clive Brook es quizá uno de los más flojos; Madeleine Carroll luce su arte en un papel que, como casi todos, está falto de expresiones dramáticas.

Es, en fin, «El consejero del rey» un film de los que pasan sin dejar rastro.

S. TORRES

Urquinaona: «El último millonario»

El solo anuncio de un film de René Clair basta para que los amantes del cine acudiésemos a presenciar el estreno de «El último millonario», realizado por el hombre que supo dar al film francés características propias, al vestirle de esa espiritualidad gala, propicia a las más puras expresiones del humorismo, y llena de la gracia y del buen tono que en tantas versiones aplaudimos en el arte francés contemporáneo.

René Clair había orientado el cinema de la vecina República por cauces propicios a las expresiones psicológicas de su pueblo. En

Las figuras más bellas y elegantes de la pantalla procuran ataviarse lo mejor posible, a fin de realzar sus encantos y brillar en todas partes por su belleza y distinción, para conseguir lo cual, no vacilan en adquirir sus sombreros en la renombrada

MAISON GERMAINE

PUERTAFERRISA, 6, que acaba de recibir para la FESTIVIDAD DE TODOS LOS SANTOS los modelos de sombreros más originales de la actual temporada.

cine no se pudo hablar de arte francés hasta que René Clair nos ofreció su obra. Conocíamos un «modo» francés—bastante malo—, pero hasta que vimos su «modo» en el cine, no pudimos considerar el cine francés como dotado de algún valor artístico.

Estas consideraciones fueron la causa de nuestra decepción. Sabíamos que París había protestado de la obra última de René Clair; pero creímos que las protestas partirían de la alta burguesía francesa o de algún grupo político de extrema derecha, obligado a ello por la índole del tema y por lo que podríamos llamar «objeto» del film.

Pero no, no; está justificada la protesta. René Clair se nos anuncia digno de elogio en algunos momentos del comienzo, para descender luego al disparate de mal gusto.

Charlaba a propósito de este film con un amigo un tanto enemigo del humorismo y hube de demostrarle que el humor está hecho a base de noble y de santa humanidad y que cuando el humorismo no encierra este altísimo valor que le da esencia humana pasa a convertirse en disparate sin transcendencia, en gracia burda propia más bien para indocumentados que para hombres de alguna sensibilidad.

En «El último millonario», René Clair ha dado humanidad a algunos instantes, muy pocos. La mayor parte del film es fría, disparatada, intransigente, inhumana. Parece mentira que tal film haya sido firmado por René Clair. El humorismo no debe de apoyarse en lo absurdo. Le basta con deformar el campo de la realidad para lograr expresiones puras; esas expresiones que admiramos en los films anteriores de este realizador y que brillan por su ausencia en «El último millonario», film que, a nuestro juicio, es un borrón en la historia de René Clair.

Fémina: «La tela de araña»

Con un lleno a rebosar se estrenó en esta elegante sala del Paseo de Gracia el film «La tela de araña», interpretado por William Powell, Mirna Loy, Una Merkel y la niña Cora Sue Collins.

El tema no es nuevo. El cine norteamericano nos lo ha ofrecido

con todas las salsas. Ahora bien, en «La tela de araña» nos es expuesto con bastante honradez. La psicología de los personajes, finamente estudiada, nos los dibuja admirablemente y abre campo de comprensión en el público para las reacciones de índole dramática a que llegan sus personajes.

William Powell se nos muestra el actor discreto de siempre. Mirna Loy encarna un personaje de difícil línea dramática y se hace aplaudir por la sobriedad de su gesto y por la emoción dramática en que se envuelve toda su actuación. Una Merkel, muy graciosa, da vida a un difícil personaje femenino, y acaba por imponernosle, burla, burlando. La pequeña Cora Sue Collins, muy linda, da a su papel una vida y una emoción que difícilmente podemos aplaudir en artistas de su edad.

Resumiendo: «La tela de araña» no es un gran film; pero está bien dirigido y admirablemente interpretado.

Tívoli: «Los misterios de París»

¿QUIÉN no conoce la famosa novela que ha sido llevada al cine sonoro francés por Félix Gandesa?... Tal vez sea una de las novelas francesas más conocidas por los españoles. La recuerdo de mi época buena de ingenio lector de folletín. Acudí a su estreno con el afán de renovar viejas emociones. No salí decepcionado. El film encierra algunos momentos de emoción dramática, muy bien conseguidos.

Era muy difícil encerrar en dos mil y pico de metros de celuloide una novela tan llena de incidencias como esta de Eugenio Sue. Sin embargo, se ha llevado al film lo más interesante de la novela y se ha hecho con bastante buen sentido y sin que desvíe la atención del público por cauces de incompreensión.

Los intérpretes llegan, en algunas escenas a expresiones dramáticas dignas de elogio. Henri Rollan, Madeline Ozeray y Lucien Baroux son los principales puntales de la interpretación, y encarnan sus personajes sin salirse del estrecho marco que les señala la psicología de cada uno de los personajes que interpretan.

En una palabra: como folletín, y folletín francés, no se le puede pedir más.

Coliseum: «Mercaderes de la muerte»

Un film de actualidad... Indudablemente. Un film contra los nacionalismos suicidas que han puesto en marcha las máquinas de guerra que amenazan lanzar al mundo por senderos de miseria y de muerte. Un film pacifista...

No es un film Paramount; pero es un film distribuido por Paramount.

Parece como si esta obra hubiese sido hecha por un partido político con fines de propaganda.

El argumentista nos sitúa a los Estados Unidos ante una nueva guerra en Europa.

La tesis de la obra se puede encerrar en estas breves palabras: «Ni una sola vida para defender los intereses de una minoría egoísta que comercia con la sangre y con el dolor de todo un pueblo».

El tema, como veis, no está mal. Es de actualidad. Sus personajes son el Estado, su gobierno, sus hombres de presa (financieros), el pueblo, dividido en castas políticas, por intereses opuestos (ideas). Todos estos entes representados por monigotes de carne que, a veces, parecen de cartón...

Como una gloria norteamericana se habla del Maine... ¿Pero es que todavía no se han enterado estos yanquis de la vergüenza que esconde para ellos ese nombre?

El tema es interesante, pero la farsa pobre y expuesta con inseguridad. Se notan algunos cortes irregularmente dados. El gesto del Presidente es de una infantilidad muy de cerebro yanqui, y la reacción que busca por tan ingenuo procedimiento, absurda.

William A. Wellman dirigió el film. Sus intérpretes son: Edward Arnold, Arthur Byron, Paul Kelly, Peggy Conklin y Andy Devine.

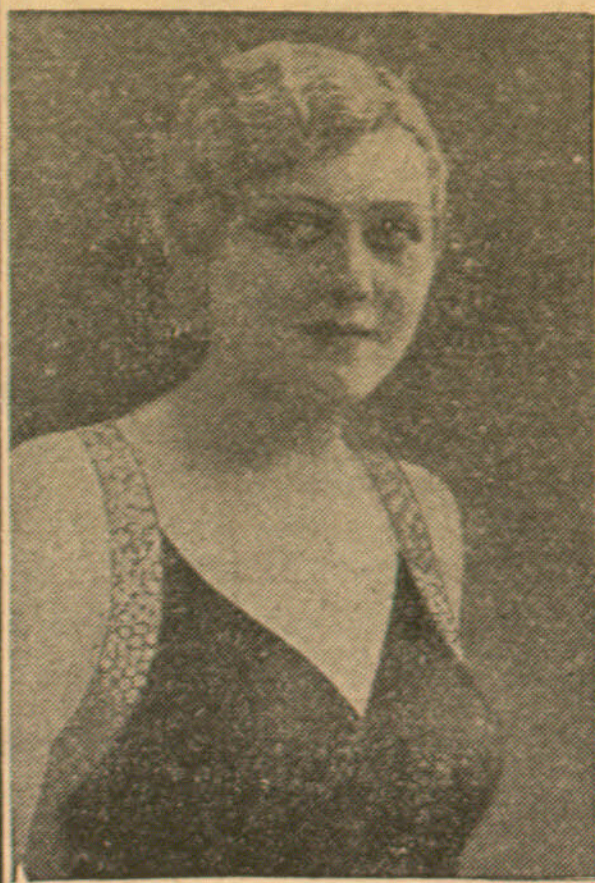
LOPE F. MARTÍNEZ DE RIBERA

Hermoso Pecho

desarrollo, firmeza y reconstitución de los Pechos

con las

Pilules Orientales



Bienhechoras y reconstituyentes, universalmente empleadas por las Señoras y las jovencitas que desean obtener, recobrar o conservar un pecho hermoso.

Desaparecen los hoyos en las carnes. Belleza, y firmeza del pecho. Tratamiento inofensivo a la salud, se sigue fácil y discretamente. Resultados duraderos. Evítese las imitaciones.

J. RATIÉ. Farmaceutico, 45, rue de l'Écluse, Paris. El frasco con folleto, 9 pesetas. Depósito General para España: RAMON SALLA, Calle Paris 174, Barcelona. Venta en Madrid: Farmacias GAYOSO y BORRELL. — Barcelona: SEGALA, Vicente FERRER, Farmacia CRUZ, PUJOL y COLLELL, ALSINA. — Bilbao: BARANDIA-RAN. — Valencia: CAMIR, GOROSTEGUI. — Sevilla: Angel FERRER, Farmacia del GLOBO. — Zaragoza: RIVED y CHOLIZ. — Cartagena: ALVAREZ Hermanos. — Oviedo: Drogueria CENAL. — Murcia: CENTRO FARMACEUTICO. — Albacete: MATARREDONA. — Santander: Perez del MOLINO. Y principales farmacias.

Fotogenia y antifotogenia de una novela de Arconada

Es César M. Arconada un novelista social. Uno de los pocos novelistas sociales que cuenta nuestra literatura actual. Toda su obra está encauzada hacia un nobilísimo ideal: la dignificación del pueblo. Por y para el pueblo, Arconada escribe y lucha. Así es su literatura: viva y audaz, vibrante y rebelde.

Pero César M. Arconada no sólo es un novelista social. Es también un poeta. Arconada admira la belleza, ama la belleza. Y reproduce la belleza allí donde la encuentra.

Por eso la obra de César M. Arconada es una de las más completas que un escritor puede aspirar a realizar.

Fondo y forma se unen, se complementan, se fusionan. No hay en la literatura de Arconada ningún momento, por muy sangrante, por muy realista que sea, que deje de encontrar su expresión exacta. No hay tampoco ninguna frase bien sonante, rimada, bella, que carezca de fondo, de utilidad, que no quiera decir nada.

Es por eso Arconada el novelista por excelencia.

Al reeler su penúltima obra, «Los pobres contra los ricos», hemos sentido la necesidad de comentarla cinematográficamente. Porque en «Los pobres contra los ricos» hay tal cantidad de substancia cinematográfica, tanta fotogenia aprovechable, que así, a primera vista, pudiera creerse en una posible utilización de esta obra para la construcción de un escenario de film social definitivo.

En parte no van descaminados los que así lo creen. En «Los pobres contra los ricos» hay materia riquísima, no para un film, sino para varios. Y, sin embargo, si alguien tratase de convertir imagen literaria por imagen cinematográfica, esta magnífica novela en un «guion» cinematográfico se encontraría ante una serie de obstáculos y dificultades que entorpecerían y harían casi imposible su labor.

Aunque «Los pobres contra los ricos» sea una novela saturada de fotogenia.

Porque lo mismo que una gran cantidad de materia cinematográfica encierra esta gran novela una excelente dosis de antifotogenia.

La fotogenia la encontramos por doquier. En cualquiera de los capítulos del libro. Y la antifotogenia, en la novela toda, en la manera de ligar los acontecimientos. Y sobre todo en el antisimplismo de la acción. O lo que es lo mismo: en el número excesivo de personajes, en la elevada cantidad de episodios. Este antisimplismo es un elemento específicamente literario, exclusivamente novelesco. Y es precisamente por eso anticinematográfico. En el cinema todo debe de ser simple. Cuanto menos enredado sea el asunto, cuantos menos elementos intervengan en el desarrollo del film, más cualidades puramente cinematográficas tendrá éste.

Y «Los pobres contra los ricos» no tiene ese simplismo cinematográfico. Toda la obra está llena, por el contrario, de valores literarios de altos vuelos, de esencia novelesca. Porque ya hemos indicado anteriormente que «Los pobres contra los ricos» es una novela perfecta.

En cambio, si abundan en esta novela los elementos cinematográficos. Tal vez con tanta intensidad como los exclusivamente literarios.

¿No es acaso cinema puro, por ejemplo, el modo de ir poniéndonos en presencia de todos los personajes por medio del altavoz radiotelefónico? ¿No es cinematográfico el final del libro con las cargas de los guardias sobre los campesinos?

En la novela de Arconada todo es cinema. Verdadero cinema, cinema social. Mas para su traslado al lienzo sería preciso limar la parte literaria a la obra, transformarla en un escenario cinematográfico.

Y esto sería romper el ritmo de una novela magnífica para crear el ritmo de un film excelente. ¿Merece la pena el cambio?

Nosotros creemos que las cosas deben de permanecer tal y como están. Esto es: «Los pobres contra los ricos» debe seguir siendo una novela. Una novela inmejorable. Tratar de convertirla en cinema sería hacerla perder muchas de sus excelentes cualidades. Vale más que siga siendo lo que es. Lo que si debiera de hacer Arconada es escribir un escenario cinematográfico. Y a ser posible, dirigirlo. Arconada está sobradamente capacitado para realizar ambas funciones.

En cierta ocasión recibimos la noticia de que Arconada estaba escribiendo el argumento de una película que animaría Jean Grémillon. Versaría la acción sobre los Comuneros de Castilla. Después la noticia no ha tenido confirmación. ¿Qué había de cierto en ella?

Nada sabemos. Pero podemos asegurar que si tal film se realizase alguna vez, podríamos decir sin temor a equivocarnos que entonces había nacido el cinema nacional. Nada más que eso.

CARLOS SERRANO DE OSMA

Madrid. Octubre.

Chocolates



Casa fundada en 1800

Chocolates de tipo familiar, puro, con almendra, con leche, de gusto francés, Caracas

Depósito central: Manresa, 4 y 6 - Barcelona

INFORMACIONES

Acerca de un homenaje

A medida que se va aproximando la fecha de la celebración del homenaje que los elementos cinematográficos dedican a Mr. Sidney S. Horen, director de la Hispano Foxfilm, S. A. E., con motivo de su nombramiento de Oficial de la Orden de la República, por el Gobierno español, aumenta el entusiasmo entre los cinematografistas que desean expresar su adhesión al mencionado acto, entusiasmo que se traduce en una gran demanda de tickets, lo que hace prever un éxito tan resonante como justificado, dadas las muchas simpatías con que Mr. Horen cuenta entre los elementos del ramo.

El mencionado acto, que tendrá lugar en el Hotel Ritz el próximo día 28 a las nueve de la noche, promete ser un acontecimiento al cual no habrá de faltar ningún cinematografista.

Banquete homenaje

Días pasados se celebró en el Hotel Ritz el banquete ofrecido al empresario del Chile-Cinema, don Juan Casajuana, a quien recientemente condecoró el gobierno de Chile.

El cónsul de esta República en Barcelona ofreció el banquete, a cuyos postres hablaron, exaltando la figura moral del homenajeado, los señores Pinilla, Veros y Montero, cerrando el acto el señor Casajuana con breves y sentidas palabras de agradecimiento.

Una rectificación

Rosita de Cabo, a la que anunciábamos en nuestro número anterior como futura protagonista de la nueva producción Hispania Orbis Film, ha declinado la interpretación de este personaje, por considerar que no se adaptaba a su temperamento. En su lugar, interpretará otro personaje de la misma película que se identifica por completo con lo que Rosita siente en su fuero interno.

El papel de protagonista lo interpretará, definitivamente, la

gentil Hilda Moreno, secundada por Ramón Sentmenat, el galán más destacado en el cinema.

De verdad elogiamos el noble gesto de Rosita, aunque suponemos que no tendrá imitadores.

La unión hace la fuerza

El señor Porchet (padre) ha dirigido «El octavo mandamiento», cinta que se ha realizado en los estudios Orphea. Ha actuado de operador el señor Porchet (hijo), asistido de otro señor Porchet, hijo también del señor Porchet (director) y hermano del señor Porchet (operador).

¡Da gusto ver familias tan unidas!

Rosario Pi-Penella

«El Gato Montés» es el nombre de la cinta que está rodándose en Orphea Film, bajo la supervisión del maestro Penella y la dirección de la primera animadora femenina Rosario Pi.

Sus intérpretes son: Pilar Lebrón, actriz de verso; Mapy Cortés, vedette de revista; Pablo Hertogs, barítono; Víctor Miguel Cortés, galán de la compañía Heredia-Asquerino; Joaquín Valle, primer actor cómico, y Paco Hernández, que durante mucho tiempo fué con la compañía de la Bárcena.

Nada más nos falta saber el nombre del apuntador.

Unnn grannn directorrr

Antonio Momplet se ha lanzado ya a producir una nueva película, sin aguardar a que el público haya juzgado su primer film «Hombres contra hombres». La nueva cinta se llamará «La Farándula», y en su reparto figuran los nombres de Marcos Redondo, Amalia Isaura, José Baviera y Pilar Torres.

Confiamos en que no se tratará de un nuevo film contra la guerra.

Catalina Bárcena, para Cifesa

Catalina Bárcena ha sido contratada por Cifesa para protagonizar unas cuantas películas, la primera de las cuales será presentada durante esta misma temporada. Según nuestras noticias, la lectura del guión de la que servirá para inaugurar la serie, ha causado excelente impresión en Catalina.

Lo cual quiere decir que la película ha conquistado ya un adepto.

busca de Collins, pero no tuvo tiempo más que para verlo escapar por una de las escaleras de escape de que están provistos los edificios americanos para los casos de incendio.

Kay McCord fué a ver a Brick tan pronto como se enteró de que había ingresado en el hospital donde ella trabajaba en calidad de enfermera. Al ir a entrar en el cuarto salió su hermano Jeff. Procurando dar a sus palabras un tono de deferencia profesional, le preguntó el estado del paciente.

—No es nada serio. No sé si sabes que ese muchacho me ha salvado la vida, Kay. Vale cuanto pesa... Pero, oye, no le digas que yo te he dicho eso.

Kay sonrió y entró en la habitación.

—Perdonen ustedes—exclamó al ver a Jean Morgan sentada junto al lecho—. Como me enterara de lo ocurrido anoche...

La pobre Jean comprendió, por el efecto producido en la cara de Brick al entrar la desconocida, que el muchacho estaba enamorado de ella.

—¿Se siente usted bien, señor Davis?—preguntó Kay tratando de dominar sus celos a la vista de Jean.

—Muy bien, gracias...

—Me alegro. Buenas noches.

Kay salió de la habitación. Jean quedó un instante pensativa. Luego, tomando una determinación, se levantó y le dio la mano a Brick.

—Adiós, chico. Voy a ver si encuentro a ese canalla de Collins. Ya ha hecho bastante mal por ahí...

Y, a pesar de las prevenciones de Brick, la muchacha salió.

Entre tanto Kay se había quitado su uniforme de enfermera y salía a la calle camino de su casa después del día de labor. A poca distancia del hospital oyó una voz amabilísima que le preguntó:

—¿Es usted la señorita Kay McCord?

La muchacha contestó afirmativamente sin saber que aquel hombre alto que salía de la obscuridad era el propio Collins, quien, una vez seguro de su identidad, sacó un revólver y apuntándole le dijo:

—La mato como abra usted la boca. Métese dentro de ese coche.

No viendo escapada posible, la muchacha obedeció.

«Jeff McCord... Jeff McCord... Jeff McCord... Coche 121... Urgente... Urgente... Urgente, McCord... Collins ha secuestrado a su hermana, Coche 121... Coche 121... Vigilien todos los coches... Coche 121... Jeff McCord. Collins ha secuestrado a su hermana y amenaza con matarla si le atacan...»

Una y otra vez repetía la radio el mismo texto y su voz se dejaba oír por todos los rincones de la gran ciudad, por todos los caminos y carreteras donde acababa a pasar un automóvil...

Jean había por fin averiguado el paradero de Collins; era un garage próximo a los muelles del lago. Al reconocerla el guardián, uno de los de la banda, la saludó defecientemente. La chica entró y vió un sedán, y en el asiento trasero a Kay, atada y con una venda sobre la boca. Haciéndole la que no la reconociera le preguntó al guardián:

—¿Quién es la dama?

—¡Oh! Es la hermana de uno de los «G Men» a quien tu hombre a echado el guante para poder tomar el montante sin miedo a que le vayan detrás.

—¡Bah!... Bueno, es hora de que me vuelva a casa, en donde tengo que ir preparando la maleta. Me voy con él. Hasta luego.

Una vez se hubo hallado fuera de la vista del guardián, Jean apretó su marcha camino de un restaurante donde sabía que había un teléfono.

No había la muchacha llegado al restaurante cuando Collins entraba en el garage. Hacía ya como una hora que se había enterado de que fué ella quien había comunicado su paradero en Wisconsin a la policía.

—Tu esposa acaba de salir de aquí, Collins—le dijo el guardián.

—¿Cómo? ¿Y vió a la joven?

—Sí.

—¡Loco! ¿Animal! ¿No te das cuenta de que a estas horas ya lo sabe la policía?

Sin añadir palabra se metió en un Ford y a toda marcha salió a la calle. No lejos de allí se detuvo y preguntó a un vago si había visto a una mujer del tipo de Jean.

—Sí, una verdadera preciosidad. La he visto meterse en el restaurante de la esquina.

El Ford se detuvo después ante el modesto restaurante y Collins entró en él de un salto a tiempo de oír a Jean:

—¿Eres tú, Brick? Yo soy Jean... Le he encontrado. Está en...

Pero los tres balazos de Collins no la dejaron terminar. Lo que Brick oyó fué lo bastante para que se levantara de la cama a pesar de las protestas de los médicos y sin hacer tampoco caso del estado de su herida, se precipitó fuera, vestido con las prendas más imprescindibles. Cuando llegó al restaurante un practicante se hallaba haciendo la primera cura de la muchacha.

—¿Cómo está?—preguntó anhelante.

—No tiene salvación posible.

—Jean...

La muchacha, al conjuro de aquella voz se reanimó un tanto, y haciendo un esfuerzo inmenso pudo decir:

—Un garage en calle Allen ocho... cientos... nueve. Collins la tiene... allí. La... matará...

Al oír aquello, Brick se levantó como movido por un resorte.

—Volveré en seguida, Jean.

—Ya no estaré, Brick—murmuró ella—. ¿Me quieres dar un beso antes de irte?

Clive Brook ha comprendido la intención. Nos mira un tanto sorprendido y sus labios esbozan una sonrisa...

—Tenéis razón—afirma—. Mi labor puede que no sea mejor ni peor que mis anteriores, pero sobre estas existe la ventaja que mi personaje actual es un personaje más humano, más real y, por consiguiente, más apreciable para mí. Arrancado de la historia, halla vida propia dentro de unos hechos que le son familiares, que no son hijos de la fantasía... He aquí porque he dicho que era mi mejor película. No por mi labor, sino por el tema en sí... Y perdonen—suplicó con la más amable de sus sonrisas—de haber querido salir del paso con un formulismo cualquiera.

Animados por su amabilidad hemos insistido aún:

—¿Y Madeleine Carroll...?

—Es nuestra anfitriona y no podemos hablar mal de ella dentro de su propia casa—nos dice riendo. Luego, recobrando su habitual seriedad, añade: —Si os hablara de ella como merece, me creeríais enamorado, puesto que vosotros, los periodistas, procuráis siempre forjar insospechadas novelas. Pero cuando veáis el film, os convenceréis que no hay mujer que la supere en belleza, en real dignidad, ni actriz en temperamento artístico...

Abí terminó nuestra breve conversación. Unas damas elegantemente ataviadas nos robaron al amable actor... Nos unimos a los demás invitados y la velada transcurrió alegremente sin hablar del cinema.

Clive Brook en «El consejero del rey»

(Conclusión)

—No lo dudamos. Pero es corriente en todos los actores considerar como la mejor su más reciente interpretación—replicamos indiscretamente.

Clive Brook ha comprendido la intención. Nos mira un tanto sorprendido y sus labios esbozan una sonrisa...

—Tenéis razón—afirma—. Mi labor puede que no sea mejor ni peor que mis anteriores, pero sobre estas existe la ventaja que mi personaje actual es un personaje más humano, más real y, por consiguiente, más apreciable para mí. Arrancado de la historia, halla vida propia dentro de unos hechos que le son familiares, que no son hijos de la fantasía... He aquí porque he dicho que era mi mejor película. No por mi labor, sino por el tema en sí... Y perdonen—suplicó con la más amable de sus sonrisas—de haber querido salir del paso con un formulismo cualquiera.

Animados por su amabilidad hemos insistido aún:

—¿Y Madeleine Carroll...?

—Es nuestra anfitriona y no podemos hablar mal de ella dentro de su propia casa—nos dice riendo. Luego, recobrando su habitual seriedad, añade: —Si os hablara de ella como merece, me creeríais enamorado, puesto que vosotros, los periodistas, procuráis siempre forjar insospechadas novelas. Pero cuando veáis el film, os convenceréis que no hay mujer que la supere en belleza, en real dignidad, ni actriz en temperamento artístico...

Abí terminó nuestra breve conversación. Unas damas elegantemente ataviadas nos robaron al amable actor... Nos unimos a los demás invitados y la velada transcurrió alegremente sin hablar del cinema.

Clive Brook en «El consejero del rey»

(Conclusión)

—No lo dudamos. Pero es corriente en todos los actores considerar como la mejor su más reciente interpretación—replicamos indiscretamente.

Clive Brook ha comprendido la intención. Nos mira un tanto sorprendido y sus labios esbozan una sonrisa...

—Tenéis razón—afirma—. Mi labor puede que no sea mejor ni peor que mis anteriores, pero sobre estas existe la ventaja que mi personaje actual es un personaje más humano, más real y, por consiguiente, más apreciable para mí. Arrancado de la historia, halla vida propia dentro de unos hechos que le son familiares, que no son hijos de la fantasía... He aquí porque he dicho que era mi mejor película. No por mi labor, sino por el tema en sí... Y perdonen—suplicó con la más amable de sus sonrisas—de haber querido salir del paso con un formulismo cualquiera.

Animados por su amabilidad hemos insistido aún:

—¿Y Madeleine Carroll...?

—Es nuestra anfitriona y no podemos hablar mal de ella dentro de su propia casa—nos dice riendo. Luego, recobrando su habitual seriedad, añade: —Si os hablara de ella como merece, me creeríais enamorado, puesto que vosotros, los periodistas, procuráis siempre forjar insospechadas novelas. Pero cuando veáis el film, os convenceréis que no hay mujer que la supere en belleza, en real dignidad, ni actriz en temperamento artístico...

Abí terminó nuestra breve conversación. Unas damas elegantemente ataviadas nos robaron al amable actor... Nos unimos a los demás invitados y la velada transcurrió alegremente sin hablar del cinema.

Clive Brook en «El consejero del rey»

(Conclusión)

—No lo dudamos. Pero es corriente en todos los actores considerar como la mejor su más reciente interpretación—replicamos indiscretamente.

Clive Brook ha comprendido la intención. Nos mira un tanto sorprendido y sus labios esbozan una sonrisa...

—Tenéis razón—afirma—. Mi labor puede que no sea mejor ni peor que mis anteriores, pero sobre estas existe la ventaja que mi personaje actual es un personaje más humano, más real y, por consiguiente, más apreciable para mí. Arrancado de la historia, halla vida propia dentro de unos hechos que le son familiares, que no son hijos de la fantasía... He aquí porque he dicho que era mi mejor película. No por mi labor, sino por el tema en sí... Y perdonen—suplicó con la más amable de sus sonrisas—de haber querido salir del paso con un formulismo cualquiera.

Animados por su amabilidad hemos insistido aún:

—¿Y Madeleine Carroll...?

—Es nuestra anfitriona y no podemos hablar mal de ella dentro de su propia casa—nos dice riendo. Luego, recobrando su habitual seriedad, añade: —Si os hablara de ella como merece, me creeríais enamorado, puesto que vosotros, los periodistas, procuráis siempre forjar insospechadas novelas. Pero cuando veáis el film, os convenceréis que no hay mujer que la supere en belleza, en real dignidad, ni actriz en temperamento artístico...

Abí terminó nuestra breve conversación. Unas damas elegantemente ataviadas nos robaron al amable actor... Nos unimos a los demás invitados y la velada transcurrió alegremente sin hablar del cinema.

Clive Brook en «El consejero del rey»

(Conclusión)

—No lo dudamos. Pero es corriente en todos los actores considerar como la mejor su más reciente interpretación—replicamos indiscretamente.

Clive Brook ha comprendido la intención. Nos mira un tanto sorprendido y sus labios esbozan una sonrisa...

—Tenéis razón—afirma—. Mi labor puede que no sea mejor ni peor que mis anteriores, pero sobre estas existe la ventaja que mi personaje actual es un personaje más humano, más real y, por consiguiente, más apreciable para mí. Arrancado de la historia, halla vida propia dentro de unos hechos que le son familiares, que no son hijos de la fantasía... He aquí porque he dicho que era mi mejor película. No por mi labor, sino por el tema en sí... Y perdonen—suplicó con la más amable de sus sonrisas—de haber querido salir del paso con un formulismo cualquiera.

Animados por su amabilidad hemos insistido aún:

—¿Y Madeleine Carroll...?

—Es nuestra anfitriona y no podemos hablar mal de ella dentro de su propia casa—nos dice riendo. Luego, recobrando su habitual seriedad, añade: —Si os hablara de ella como merece, me creeríais enamorado, puesto que vosotros, los periodistas, procuráis siempre forjar insospechadas novelas. Pero cuando veáis el film, os convenceréis que no hay mujer que la supere en belleza, en real dignidad, ni actriz en temperamento artístico...

Abí terminó nuestra breve conversación. Unas damas elegantemente ataviadas nos robaron al amable actor... Nos unimos a los demás invitados y la velada transcurrió alegremente sin hablar del cinema.

Clive Brook en «El consejero del rey»

(Conclusión)

—No lo dudamos. Pero es corriente en todos los actores considerar como la mejor su más reciente interpretación—replicamos indiscretamente.

Clive Brook ha comprendido la intención. Nos mira un tanto sorprendido y sus labios esbozan una sonrisa...

—Tenéis razón—afirma—. Mi labor puede que no sea mejor ni peor que mis anteriores, pero sobre estas existe la ventaja que mi personaje actual es un personaje más humano, más real y, por consiguiente, más apreciable para mí. Arrancado de la historia, halla vida propia dentro de unos hechos que le son familiares, que no son hijos de la fantasía... He aquí porque he dicho que era mi mejor película. No por mi labor, sino por el tema en sí... Y perdonen—suplicó con la más amable de sus sonrisas—de haber querido salir del paso con un formulismo cualquiera.

Animados por su amabilidad hemos insistido aún:

—¿Y Madeleine Carroll...?

—Es nuestra anfitriona y no podemos hablar mal de ella dentro de su propia casa—nos dice riendo. Luego, recobrando su habitual seriedad, añade: —Si os hablara de ella como merece, me creeríais enamorado, puesto que vosotros, los periodistas, procuráis siempre forjar insospechadas novelas. Pero cuando veáis el film, os convenceréis que no hay mujer que la supere en belleza, en real dignidad, ni actriz en temperamento artístico...

Abí terminó nuestra breve conversación. Unas damas elegantemente ataviadas nos robaron al amable actor... Nos unimos a los demás invitados y la velada transcurrió alegremente sin hablar del cinema.

Clive Brook en «El consejero del rey»

(Conclusión)

—No lo dudamos. Pero es corriente en todos los actores considerar como la mejor su más reciente interpretación—replicamos indiscretamente.

Clive Brook ha comprendido la intención. Nos mira un tanto sorprendido y sus labios esbozan una sonrisa...

—Tenéis razón—afirma—. Mi labor puede que no sea mejor ni peor que mis anteriores, pero sobre estas existe la ventaja que mi personaje actual es un personaje más humano, más real y, por consiguiente, más apreciable para mí. Arrancado de la historia, halla vida propia dentro de unos hechos que le son familiares, que no son hijos de la fantasía... He aquí porque he dicho que era mi mejor película. No por mi labor, sino por el tema en sí... Y perdonen—suplicó con la más amable de sus sonrisas—de haber querido salir del paso con un formulismo cualquiera.

Animados por su amabilidad hemos insistido aún:

—¿Y Madeleine Carroll...?

—Es nuestra anfitriona y no podemos hablar mal de ella dentro de su propia casa—nos dice riendo. Luego, recobrando su habitual seriedad, añade: —Si os hablara de ella como merece, me creeríais enamorado, puesto que vosotros, los periodistas, procuráis siempre forjar insospechadas novelas. Pero cuando veáis el film, os convenceréis que no hay mujer que la supere en belleza, en real dignidad, ni actriz en temperamento artístico...

Abí terminó nuestra breve conversación. Unas damas elegantemente ataviadas nos robaron al amable actor... Nos unimos a los demás invitados y la velada transcurrió alegremente sin hablar del cinema.

Clive Brook en «El consejero del rey»

(Conclusión)

—No lo dudamos. Pero es corriente en todos los actores considerar como la mejor su más reciente interpretación—replicamos indiscretamente.

Clive Brook ha comprendido la intención. Nos mira un tanto sorprendido y sus labios esbozan una sonrisa...

—Tenéis razón—afirma—. Mi labor puede que no sea mejor ni peor que mis anteriores, pero sobre estas existe la ventaja que mi personaje actual es un personaje más humano, más real y, por consiguiente, más apreciable para mí. Arrancado de la historia, halla vida propia dentro de unos hechos que le son familiares, que no son hijos de la fantasía... He aquí porque he dicho que era mi mejor película. No por mi labor, sino por el tema en sí... Y perdonen—suplicó con la más amable de sus sonrisas—de haber querido salir del paso con un formulismo cualquiera.

Animados por su amabilidad hemos insistido aún:

—¿Y Madeleine Carroll...?

—Es nuestra anfitriona y no podemos hablar mal de ella dentro de su propia casa—nos dice riendo. Luego, recobrando su habitual seriedad, añade: —Si os hablara de ella como merece, me creeríais enamorado, puesto que vosotros, los periodistas, procuráis siempre forjar insospechadas novelas. Pero cuando veáis el film, os convenceréis que no hay mujer que la supere en belleza, en real dignidad, ni actriz en temperamento artístico...

Abí terminó nuestra breve conversación. Unas damas elegantemente ataviadas nos robaron al amable actor... Nos unimos a los demás invitados y la velada transcurrió alegremente sin hablar del cinema.

Clive Brook en «El consejero del rey»

(Conclusión)

—No lo dudamos. Pero es corriente en todos los actores considerar como la mejor su más reciente interpretación—replicamos indiscretamente.

Clive Brook ha comprendido la intención. Nos mira un tanto sorprendido y sus labios esbozan una sonrisa...

—Tenéis razón—afirma—. Mi labor puede que no sea mejor ni peor que mis anteriores, pero sobre estas existe la ventaja que mi personaje actual es un personaje más humano, más real y, por consiguiente, más apreciable para mí. Arrancado de la historia, halla vida propia dentro de unos hechos que le son familiares, que no son hijos de la fantasía... He aquí porque he dicho que era mi mejor película. No por mi labor, sino por el tema en sí... Y perdonen—suplicó con la más amable de sus sonrisas—de haber querido salir del paso con un formulismo cualquiera.

Animados por su amabilidad hemos insistido aún:

—¿Y Madeleine Carroll...?

—Es nuestra anfitriona y no podemos hablar mal de ella dentro de su propia casa—nos dice riendo. Luego, recobrando su habitual seriedad, añade: —Si os hablara de ella como merece, me creeríais enamorado, puesto que vosotros, los periodistas, procuráis siempre forjar insospechadas novelas. Pero cuando veáis el film, os convenceréis que no hay mujer que la supere en belleza, en real dignidad, ni actriz en temperamento artístico...

Abí terminó nuestra breve conversación. Unas damas elegantemente ataviadas nos robaron al amable actor... Nos unimos a los demás invitados y la velada transcurrió alegremente sin hablar del cinema.

Clive Brook en «El consejero del rey»

(Conclusión)

—No lo dudamos. Pero es corriente en todos los actores considerar como la mejor su más reciente interpretación—replicamos indiscretamente.

Clive Brook ha comprendido la intención. Nos mira un tanto sorprendido y sus labios esbozan una sonrisa...

—Tenéis razón—afirma—. Mi labor puede que no sea mejor ni peor que mis anteriores, pero sobre estas existe la ventaja que mi personaje actual es un personaje más humano, más real y, por consiguiente, más apreciable para mí. Arrancado de la historia, halla vida propia dentro de unos hechos que le son familiares, que no son hijos de la fantasía... He aquí porque he dicho que era mi mejor película. No por mi labor, sino por el tema en sí... Y perdonen—suplicó con la más amable de sus sonrisas—de haber querido salir del paso con un formulismo cualquiera.

Animados por su amabilidad hemos insistido aún:

—¿Y Madeleine Carroll...?

—Es nuestra anfitriona y no podemos hablar mal de ella dentro de su propia casa—nos dice riendo. Luego, recobrando su habitual seriedad, añade: —Si os hablara de ella como merece, me creeríais enamorado, puesto que vosotros, los periodistas, procuráis siempre forjar insospechadas novelas. Pero cuando veáis el film, os convenceréis que no hay mujer que la supere en belleza, en real dignidad, ni actriz en temperamento artístico...

Abí terminó nuestra breve conversación. Unas damas elegantemente ataviadas nos robaron al amable actor... Nos unimos a los demás invitados y la velada transcurrió alegremente sin hablar del cinema.

Clive Brook en «El consejero del rey»

(Conclusión)

—No lo dudamos. Pero es corriente en todos los actores considerar como la mejor su más reciente interpretación—replicamos indiscretamente.

Clive Brook ha comprendido la intención. Nos mira un tanto sorprendido y sus labios esbozan una sonrisa...

—Tenéis razón—afirma—. Mi labor puede que no sea mejor ni peor que mis anteriores, pero sobre estas existe la ventaja que mi personaje actual es un personaje más humano, más real y, por consiguiente, más apreciable para mí. Arrancado de la historia, halla vida propia dentro de unos hechos que le son familiares, que no son hijos de la fantasía... He aquí porque he dicho que era mi mejor película. No por mi labor, sino por el tema en sí... Y perdonen—suplicó con la más amable de sus sonrisas—de haber querido salir del paso con un formulismo cualquiera.

Animados por su amabilidad hemos insistido aún:

—¿Y Madeleine Carroll...?

—Es nuestra anfitriona y no podemos hablar mal de ella dentro de su propia casa—nos dice riendo. Luego, recobrando su habitual seriedad, añade: —Si os hablara de ella como merece, me creeríais enamorado, puesto que vosotros, los periodistas, procuráis siempre forjar insospechadas novelas. Pero cuando veáis el film, os convenceréis que no hay mujer que la supere en belleza, en real dignidad, ni actriz en temperamento artístico...

Abí terminó nuestra breve conversación. Unas damas elegantemente ataviadas nos robaron al amable actor... Nos unimos a los demás invitados y la velada transcurrió alegremente sin hablar del cinema.

Clive Brook en «El consejero del rey»

(Conclusión)

—No lo dudamos. Pero es corriente en todos los actores considerar como la mejor su más reciente interpretación—replicamos indiscretamente.

Clive Brook ha comprendido la intención. Nos mira un tanto sorprendido y sus labios es



UNA ESCENA DE
"AVENTURA
ORIENTAL"

FILM DE IBÉRICA FILMS, QUE
VEREMOS PRÓXIMAMENTE.